

Selección

TERROR

PUEBLO DE CADAVERES

CURTIS GARLAND



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

215 — Paso libre al Infierno, *Clark Carradas*.
216 — A solas con Charly, *Lou Carrigan*.
217 — La fosa de los espíritus, *Silver Kane*.
218 — Perros muertos, *Clark Carradas*.
219 — Páramo alucinante, *Ray Lester*.

CURTIS GARLAND

PUEBLO DE CADAVERES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 220
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 11.884 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

PROLOGO

No sé cómo empezar...

Lo cierto es que tampoco sé cómo terminaré. Entre otras cosas, porque desconozco el final. Pero, de todos modos, sea cual sea, ha de ser terrible. Para mí... y para todos.

Es mejor no pensar ahora en eso. ¿Para qué preocuparse del fin, cuando todavía no ha llegado, aunque sé que está a punto, que no puede tardar mucho en llegar, con toda su espantosa significación, con todo su alucinante sentido de horror y de angustia sin límites?

Es preferible no mirar adelante. Tal vez sea por miedo, simplemente. Pero sí, lo confieso. Tengo miedo. Mucho miedo. Algo, incluso, que es más que miedo...

Creo que no siento vergüenza de confesar mi pánico. Tal vez porque la vergüenza, el rubor y todo eso, ha dejado de tener sentido, ahora, cuando me enfrento a cosas que están muy por encima de lo rutinario, de lo habitual, de lo cotidiano, de aquello que forma parte de nuestra vida.

Sí. Estoy terriblemente asustado. El pánico me invade, me hiela la sangre en las venas. Y hay motivo para ello. Aunque, a estas alturas, casi he dejado ya de sentir miedo, por llegar a considerar habitual lo insólito y lo espantoso.

Aquí, uno llega incluso a olvidar la vida anterior; todo aquello que está fuera de aquí, en algún lugar cercano, cercano, muy cercano, y, a la vez, terriblemente lejano para mí; un lugar que la gente llamamos mundo.. Y que yo añadiría que conocemos como... mundo normal.

No, esto no es normal. No puede serlo. En realidad, lo que está ocurriendo aquí, no puede ocurrir. Pero está ocurriendo. Eso es indiscutible. Está sucediendo así desde el principio. Pudo parecer simple imaginación, en sus inicios. Pudo, incluso, dar la impresión de que uno estaba loco. De que todos estábamos locos.

Todos...

¡Dios mío! Pensar en eso, hace que el frío recorra mi epidermis, haciéndome estremecer casi convulsivamente. Éramos varios. Éramos un grupo de personas animadas de los mejores deseos cuando llegamos aquí, cuando pisamos este lugar por primera vez. Y ahora...

Ahora, estoy aquí. Yo solo. Sin nadie cerca de mí. Solo, frente a lo desconocido. Ante el terrible destino que me aguarda en este maldito lugar. Ante algo que yo mismo ignoro lo que es, pero que de modo inexorable va a terminar conmigo, a destruirme del modo más insólito e inconcebible que mente humana pueda imaginarse, haciendo de mi ser, de mi persona... eso mismo que tanto pavor me causa.

Hasta que yo sea... uno de... de ellos.

Uno más en este infierno, en este horror en el que me siento sumergido sin posibilidad alguna de salir a flote. Esperando. Sólo eso: esperando a que caiga la luz de la tarde para iniciar la última e inexorable etapa hacia...

¿Hada dónde?

¿Hacia mi final físico y mental? ¿Hacia la misma Muerte?

Si sólo fuera eso...

Pero existe algo más. Sé que existe algo más. Mucho más. Lo presentí una vez, casi al principio. Se lo dije a alguien, creo que a María. Sí, seguro que fue a ella. Se lo dije.

Casi puedo recordar las palabras exactas. Fueron, más o menos, éstas:

—María... María, esto me da miedo... Creo que no todo es tan simple como pensamos... Creo que está ocurriendo algo espantoso. Y que nos está sucediendo a nosotros....

Ella, creo recordar que comentó, sorprendida y bastante escéptica:

—Brett... ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que temes?

—No lo sé —le confesé—. No lo sé, y eso es lo que más me asusta. El no saber, el no poder adivinar... Pero es algo que no se relaciona con todo lo que conocemos. Que no está definido, que no hemos visto ni sospechado jamás, antes de ahora. Estoy seguro de eso. Es algo peor que destruirse o morir...

Eso le dije a María. Ella me miró como si estuviese rematadamente loco. Tal vez lo estaba. Pero si es así, ¿qué locura es esta que estoy viviendo? ¿He podido imaginar todo cuanto aquí ha sucedido? No. Estoy seguro que no. No es posible. No hay mente humana capaz de tal cosa.

Realmente, ha sucedido. Está sucediendo. Aún no ha terminado. Pero terminará pronto. Muy pronto. En cuanto yo deje de esperar, de resistir aquí, contando las horas, los minutos, incluso los segundos...

Y cuando ello termine, yo habré terminado. Habré dejado de ser el Brett York que todo el mundo conoció. Para ser... para ser sólo uno de ellos.

El week-end habrá terminado. Así de súbita, de inesperada, de trágicamente.

Todo habrá terminado para mí. Como terminó para los demás.

Ya está muy oscuro. Anochecerá rápidamente. Es una idea espantosa, pero debo hacerme a ella. No hay nada que yo pueda hacer. Solamente esto: esperar. Aceptar mi destino. Hacerme a la idea de que es inútil exasperarse, enfrentarse a lo inevitable.

Quizá falte todavía una hora para que la noche sea total. Entonces sucederá. Ellos no se retrasan nunca. Tampoco se adelantan. Son puntuales. Terriblemente puntuales. No fallan nunca, eso es cierto. Están ahí, acechando. A la espera, aunque no se les vea, aunque todo parezca todavía normal en las calles de Cape Corner.

Cape Corner...

Es un cabo, ciertamente. Pero un extraño cabo, cuya unión con la tierra firme aparece sumergido desde hace años, a suficiente profundidad para que las rocas no. sirvan absolutamente de nada, salvo en los momentos en que la marea está muy baja. Y aun entonces, esas rocas son solamente puntiagudos arrecifes, aso-mando sobre el oleaje, a lo largo de más de media milla de aguas revueltas y peligrosas, que sólo un buen conocedor de este litoral se

atrevería a recorrer con una embarcación. Y en las que, inevitablemente cualquier nadador perecería estrellado contra los riscos o engullido por un remolino tumultuoso. Sí es que alguna tintorera o los voraces cangrejos del arenal situado ante las cavernas costeras, no hacían antes presa en uno.

Maldito lugar...

Un bello paisaje, abrupto y hermoso sin duda alguna, un aire salobre, unas vistas que embobarían a cualquier pintor o fotógrafo profesional, un pueblo idílico asomado al mar, entre breñas y arrecifes, en este especie de islote en que se convierte, durante casi veinte horas del día, el llamado Cape Corner, al que ya muchos naturales de la región dieron en llamar hace tiempo Corner Island, nombre mucho más acorde con la realidad, aunque esto no sea propiamente una isla. La pesca es abundante, tanto de mariscos y crustáceos como de simples peces, y hubo un tiempo en que estuvo de moda para el turismo.

Últimamente, Cape Corner languideció en su vida turística, y se ha convertido en lugar de recogimiento para grupos cansados de vivir en medio de la excitación, nerviosismo, irritabilidad, histerismo y demencia colectiva de la gran ciudad, huyendo de humos, contaminaciones, ruidos de motores, de perforadoras y excavadoras, y de todo lo que las ciudades grandes traen al hombre en incomodidades, factores de irritabilidad y elementos negativos para su salud física y psíquica.

Así comenzó todo para nosotros seis. Queríamos algo así: unos días de paz y de sosiego. Era un largo week-end, con un viernes festivo, que permitía llegar allí en las primeras horas de la tarde de un jueves.

Y así llegamos a Cape Corner, con nuestro automóvil, nuestra canoa a motor y nuestro equipo indispensable para pasar allí tres días deliciosos, respirando sano aire de mar, yodo y sal a partes iguales, oyendo como único ruido el chocar del oleaje en las rocas, y el graznido de las gaviotas volando muy bajas en el período otoñal.

Eso sucedió el pasado jueves. Van a cumplirse exactamente veinticuatro horas de la llegada a Cape Corner, en este rincón olvidado de la costa británica del Mar del Norte. Y parecen ya veinticuatro años. O un siglo entero...

Aún me parece recordar el momento en que arribamos al pequeño pueblo pesquero del litoral, frente a las rocosidades de Cape Corner, y alguien nos dijo, sacudiendo la cabeza con aire dubitativo:

—¿De veras van a quedarse este fin de semana en Cape Corner? Es un lugar muy aislado y solitario en esta época del año. Virtualmente, se queda convertido en una isla durante casi todas las horas del día...

Y su gente no es muy hospitalaria, que digamos. Durante el verano hacen de tripas corazón para atender amablemente a los veraneantes, que dejan allá sus buenas libras, cuando no son dólares, marcos alemanes o francos suizos. Pero en invierno no gustan de visitantes. Son gente rara los de Cape Corner, créame. Ni siquiera nosotros les visitamos. Ellos se proveen de lo que

necesitan, y se encierran en su villorrio el resto del tiempo. A las diez de la noche, mirando con los prismáticos hacia allá, sólo se ve la luz de la taberna del viejo Winters y algunos de los faroles callejeros, con una luz tan débil que parece un funeral...

Un funeral.

Eso dijo. Debería haber pensado en ello, entonces. Pero aunque lo hubiera hecho, los demás, incluida María, me hubieran tachado de estúpido. Fue además Selena quien intervino en ese momento alegremente, bajando un poco el nivel estridente de la radio del coche que nos había conducido hasta allí:

—Escuche, amigo —dijo Selena jovialmente—. Tomamos un mapa de Inglaterra y lo pusimos ante nosotros. Cerramos los ojos, alguien echó una gota de tinta en él, y decidimos que iríamos al lugar donde esa tinta cayera. ¿Y sabe dónde cayó?

—En Cape Corner, claro —bostezó el hombre de la pipa en los dientes, rostro atezado y aire de viejo lobo de mar, demostrando que podía ser pueblerino, pero no tonto.

—¡Eso es! —aprobó Selena, riendo—. En Cape Corner, justamente. Nos costó un poco aceptar deportivamente la decisión del azar. Pero finalmente, optamos por seguir el juego. Y aquí estamos...

El marinero se encogió de hombros y siguió pascando por la desierta playa, a lo largo del paseo marítimo y la hilera de barcas y aparejos de pescador allí alineados. Nos dejó solos en el coche, como decidiendo que éramos seis jóvenes capaces de cualquier tontería por variar la rutina diaria. Y no le fallaba razón.

Así llegamos aquí. El resto había sido rápido. La canoa en el agua, el motor en marcha, tras dejar el coche tapado por un plástico para protegerlo de la humedad y el salitre, ya que no había ni siquiera garajes en el lugar..., y la travesía de media milla larga de aguas revueltas y de peligrosos lechos de rocas, hasta Cape Corner. Tan revueltas y tan peligrosos unas y otros, que sufrimos una avería en nuestra embarcación de material plástico, y sólo por pura fortuna llegamos sanos y salvos a los riscos del cabo convertido en isla por las mareas y las inclemencias invernales, con un boquete en el fondo de la lancha, pero sin llegar a producirse el naufragio definitivo.

He dicho por fortuna, y la frase dista mucho de ser exacta. He debido transcribirla así por simple inercia. Sólo Dios y nosotros sabemos que no hubo fortuna alguna en esa arribada forzosa. Creo que hubiera sido infinitamente más afortunado hundirnos definitivamente en el mar, aquel maldito jueves al anochecer. Pero no sucedió así. Y es inútil pretender que el pasado cambie. Lo que ha sucedido, nadie puede alterarlo ya.

Ahora...

Ahora, sólo queda esperar que termine nuestra loca aventura. Estúpidamente empezó, y estúpidamente terminará. No sé si fue de Selena o de Adam la idea de echar aquella gota de tinta en el mapa. No recuerdo si fue María o fue Nancy la que dejó caer la gota de tinta sobre Cape Corner. Pero

eso importa ya muy poco. No puedo ni debo culpar a nadie por lo sucedido... ni por lo que va a suceder.

Yo acepté formar parte de aquella expedición, voluntariamente. Pensé, como ellos, que todo esto iba a resultar tan divertido como relajador para nuestros nervios. Pensé en unos días de descanso y de alimentación sana, de una vida sin prisas y de un ambiente tranquilo y lleno de saludable brisa marina, pescado fresco, buen vino, mejor whisky y total olvido de la nefasta civilización de nuestros días.

Eso soñábamos todos. Eso fuimos a buscar en Cape Corner.

Lo que encontramos allí...

Lo que encontramos, vale más no pensar siquiera en ello. Sería mejor no recordarlo. Pero yo no lo puedo evitar. Estoy solo. Absolutamente solo. Mi María, ni Selena, ni Nancy, ni Adam ni Howard están ya conmigo.

¿Qué otra cosa puedo hacer salvo recordar, pensar... y esperar?

Sí, esperar. Esperar el horror que ha de venir también a por mí, como llegó para los demás...

Ese horror increíble que comenzó para nosotros justamente aquel jueves, al atardecer, cuando nuestra averiada canoa tocó el arenal situado al pie del sendero que, riscos arriba, se remontaba hasta el pueblecillo pesquero de Cape Corner, nuestro punto de destino.

Un aparente paraíso para seis personas hartas de civilización y de stress. Un verdadero infierno, como comprobaríamos muy pronto...

CAPITULO PRIMERO

—Un momento más, y hubiéramos tenido que alcanzar a nado las rocas... si es que podíamos, con esa maldita mar tan agitada... —refunfuñó Howard Mulligan, nuestro experto en navegación, con tono malhumorado, empujando hasta la zona arenosa más interior, la liviana embarcación de materia] plástico, con motor fuera borda.

Se había empapado de agua hasta la cintura, y sus tejanos mostraban un lastimoso aspecto, adheridos a sus flacas piernas. Creo que hasta le disgustó la risa inconteniblemente de Selena y de Nancy ante su apariencia. Las miró con enfado, cuando menos, aunque no dijo nada.

María, por su parte, se limitó a aferrar mi mano con calor, comentando entre dientes:

—¿Quieres que te diga una cosa, Brett? Empieza a no gustarme nada este viaje...

—En confianza, te diré que a mí tampoco —refunfuñé espontáneamente, ayudándola a salvar obstáculos formados por rocas cubiertas de limo y de musgo resbaladizo, en dirección al sendero que reptaba hacia el villorrio situado en la cima, bajo el reflector intermitente y mecánico del faro.

Cada uno había cargado con su bolsa de pertenencias, donde iban desde un tocadiscos portátil hasta medicinas de urgencia en un pequeño botiquín, pasando por algunas latas de carne —Adam Bentley era un fanático de la carne, enlatada o no—, otras de cerveza «Watneys» y algunos libros y magazines para combatir posibles horas de tedio en el remoto confín adonde nuestro azar nos había enviado.

—Este lugar parece tan olvidado del mundo como Shangri-Lah —comentó, a su vez, Nancy Howland, escudriñando los edificios, apenas visibles ya, a la luz casi inexistente de la tarde—. ¿De veras crees que atinamos al seguir nuestro plan, Brett?

Me encogí de hombros. Acababa de exponerle mi criterio personal a María, pero sabía que Nancy era más impresionable, y añadirle que, a juicio mío, aquello era lo más parecido a un cementerio que había visto en mi vida, me pareció demasiado fuerte.

De modo que me limité a observar, mientras María y yo iniciábamos la escalada de los riscos, siguiendo el angosto sendero serpenteante hacia la cima:

—Sea lo que sea, estamos aquí, y es tarde para volver atrás. Esperemos que la gente, cuando menos, sea amable. Con eso, con pescado fresco y buen vino o cerveza, me doy por satisfecho hasta el domingo a estas horas...

Era un modo de dar alientos a los demás y quizá, subconscientemente, también a mí mismo. Subíamos ya, y ellos nos seguían con el refunfuñante y malhumorado Howard cerrando la comitiva. A medida que escalábamos el promontorio erguido en medio del mar, el aire húmedo y frío nos azotaba con

más fuerza, el olor a salitre era más intenso, y a nuestros pies, en la ya total oscuridad, magia el mar, formando blancuzca, fosforescente espuma, en su embate áspero con los arrecifes.

La tarde, que ya era noche cerrada casi, no resultaba amable ni acogedora. El clima era hosco, frío y húmedo. El ruido del oleaje daba una sensación de hostilidad y de violencia latente, alejándonos de modo casi físico de todo lugar confortante y seguro.

De repente, arriba se encendieron las luces.

Miré a lo alto. No podía decirse que fuese una iluminación esperanzadora. Algunos pocos puntos de luz callejeros, más bien bombillas amarillentas que verdaderas farolas de alumbrado, y algún que otro edificio que despedía claridad, no mucho más intensa, por sus ventanas o puertas. Lo más posible, algún establecimiento público, pensé.

—Eso es todo lo que enciende esa gente cuando llega la noche? —se quejó Selena,, que caminaba tras de nosotros, pisando con inseguridad el terreno, mezcla de arenoso y rocoso.

—Me temo que sí —afirmó María, cuya mano aferrada a la mía, estaba fría, ahora, sin duda a cusa del clima reinante. O quizá también por la impresión inicial que le producía aquel que habíamos dado en llamar, hasta llegar al tranquilo rincón alejado de los azotes de nuestra civilización.

—Habrá que encender velas si queremos vernos las caras o leer algo —refunfuñó, de mala gana, Adam.

Tal vez porque estábamos de acuerdo con él, o porque vernos las caras y leer era lo que menos nos preocupaba en ese momento, ninguno contestamos nada a su comentario.

La escalada terminó. María y yo habíamos llegado arriba. A suelo relativamente llano, si bien el pueblo estaba ostensiblemente formado sobre constantes desigualdades, hasta parecer que las casas estuvieran escalando las empinadas calles.

Lo que vimos, no era tampoco demasiado alentador para nosotros. Aquel pueblo, resultaba tan triste como desolador. Y si eso era al anochecer, nos preguntamos qué sucedería el resto del día. Y, sobre todo, durante la noche. Howard, pese a sus problemas con las ropas chorreando agua, tuvo aún ánimos para comentar agriamente:

—Sólo son las siete de la tarde, muchachos. ¡Feliz llegada a Cape Corner! ¿No veis la bienvenida que nos da la amable gente del lugar?

No pude evitar una risa entre dientes, quizá para relajar un poco mi estado de ánimo. María se limitó a apretar con más fuerza mi mano, y la oí musitar:

—Cielos... Este pueblo parece vacío, Brett.

Vacío. Era, exactamente, la misma idea que se me había ocurrido a mí un momento antes. Por supuesto que eso no era posible. La gente de allí, pescadora en su mayoría, sin duda alguna, estaría metida a estas horas en alguna parte. La cantina, tal vez.

Vi su luz allá al fondo. Era un edificio como cualquier otro, pero tenía

claveteado sobre el muro un anuncio de latón, con la marca de una cerveza, y la bombilla amarillenta de su fachada, nos mostró un rótulo pintarrajeado borrosamente en el muro:

WINTERS'PUB

—La taberna de Winters —dijo Adam, al tiempo que una ráfaga de luz del faro, se deslizaba sobre los tejados de la empinada calle, allá en lo alto del cabo erguido frente al sombrío mar.

—Si hay algún lugar donde alojarse uno, la cantina es el lugar ideal para averiguarlo —apuntó Howard—. ¿Vamos allá?

—Vamos —asentí—. Así tomaremos un trago. Creo que nos hace falta.

Hubo acogida unánime a mi sugerencia. Los seis caminarnos con renovados bríos calle arriba, hacia la cantina. Aquella maldita calle, pese a ser angosta y estar encerrada entre los desiguales edificios, recibía un viento de mil demonios, procedente de alta mar, y el aire, además de húmedo y frío, apestaba a salitre y a yodo. Era como vivir metido en una gran caja de arenques, pensé con disgusto, mientras nos aproximábamos a la cantina del viejo Winters. Nos habían hablado bastante bien de él en el pueblo del litoral

Además de la bombilla sujeta al muro, se veía la luz del interior. Unas puertas vidrieras, de cristales sucios y empañados, nos separaban del interior del local. Dentro, era visible la claridad amarillenta de alguna otra luz ligeramente más potente que la del exterior, aunque no mucho más.

Empujé una hoja de la puerta, tras girar su pestillo, después de hacer entrar a María, la seguí al interior de la cantina. Todos los demás lo hicieron en pos nuestro.

La verdad es que nos quedamos sorprendidos. Bastante sorprendidos.

En la cantina no había nadie. Absolutamente nadie.

Sin embargo, las luces estaban totalmente encendidas. Eran débiles y mortecinas, pero brillaban las bombillas en la destartalada taberna. Ni un alma en sus mesas o en su mostrador. Ni clientes ni propietarios. Ni camareros. Nadie.

Me volví a mis compañeros. Hice un encogimiento de hombros.

—No puede decirse que el lugar sea muy animado —comenté—. Aún no hemos visto a ser viviente alguno

—Tal vez se los llevó el diablo a todos —comentó humorísticamente Nancy.

Fue una broma, claro. Pero no nos gustó a ninguno. Ella no tuvo la culpa.

Fue el viento. Alguno de nosotros, al entrar, no había encajado bien la puerta, sin duda alguna. Lo cierto es que una ráfaga súbita, abrió la puerta vidriera y la hizo batir con fuerza, golpeando en el muro,

Nos volvimos todos, con cierto sobresalto. El aire húmedo nos golpeó en la mano, como una mano helada invisible. A mi lado, María se estremeció.

—Cielos... —la oí susurrar—. Es como si alguien lo hubiera oído...

El propio Diablo, sin duda —corroboró, sarcástico, Howard Mulligan. Tomó a su novia Nancy, por el brazo, y añadió, con tono de reproche humorístico—: Ya viste, encanto. Es mejor que no menciones ciertos nombres en lugares como éste...

Adam se cuidó de cerrar la puerta cuidadosamente, asegurando, esta vez, el pestillo. A pesar de! golpeteo ruidoso de la puerta, nadie había aparecido ante nosotros. La cantina seguía tan vacía como antes.

—Deben ser duros de oído —comentó burlón Adam. Se aproximó al mostrador y golpeó en él con fuerza, llamando a pleno pulmón—: ¡Eh, Winters! ¡Quienquiera que esté por ahí, que salga! ¡Somos un grupo de sedientos que reclama algo para beber!

Y batió de nuevo en la barra de la cantina, de un modo que, inevitablemente, tenía que ser escuchado en todo el edificio.

Sin embargo, no pasó nada. Continuamos a solas los seis en la cantina.

Nos miramos, intrigados. Selena fue hasta la puerta. Limpió los vidrios con su mano, para otear el exterior. Todos la oímos su comentario:

—No veo a nadie. Las calles siguen desiertas. Es como si todo el pueblo estuviera vacío, deshabitado...

No dijimos nada, por el momento. A mí no me gustó el comentario. Veía algo extraño en él. Era como si Selena dijera algo que todos estábamos pensando hacía ya rato.

—La bomba atómica aún no ha sido lanzada sobre Inglaterra, que yo sepa —rió Howard, con escaso sentido del humor—. De modo que tiene que haber alguien por ahí, sea donde sea. Por el momento, me serviré yo solo, ya que nadie lo hace.

Audazmente, rodeó el mostrador. Se acercó a las estanterías de botellas y eligió una de buen whisky. Tomó un vaso y se sirvió, sin esperar a más. Luego, nos tendió la botella, riendo.

—Que cada cual se sirva a su gusto —dijo—. Pagaremos al viejo Winters el importe de la botella, y ya está.

—Yo prefiero cerveza —dije, tomando una lata del viejo y destartalado frigorífico. La abrí, bebiendo directamente de ella—. No está muy fría. Pero tampoco hace falta.

—A este paso, nos pasaremos la noche a la intemperie o metidos en este lugar —rezongó Adam, paseando por la cantina—. Voy a ver ahí dentro si encuentro a alguien a quien preguntar algo...

—No, espera —le pidió Nancy—. Mejor iré yo, Adam. Una mujer, aunque sea indiscreta, es perdonada más fácilmente. Veremos si encuentro a alguien que nos informe... Es posible que el viejo Winters viva solo y esté enfermo hoy... Si la gente del lugar sabe eso, naturalmente se quedan en sus casas y no vienen a la cantina por no molestarle. Es una posibilidad, ¿no?

—Sí, pero entonces, ¿por qué abrió el negocio? —pregunté, simplemente.

Nancy no supo qué contestarme. Tampoco los demás lo hicieron. Ella, decidida, empujó la cortina descolorida de una puerta situada al fondo del

local, y se aventuró en la vivienda situada en el mismo edificio.

Nos quedamos allí, esperando. Fuera, en el pueblo, el viento silbaba por las callejuelas empinadas. Postigos y contraventanas golpeaban con fuerza. Más lejano, el rugido hosco y sordo del mar, batiendo contra los acantilados y arrecifes de Cape Corner, era una extraña, inquietante música de fondo. Algo que parecía imposible de separar del paisaje natural que nos rodeaba. Aquel lugar, sin el ruido de las olas en los peñascos, hubiera sido algo incongruente y falto de sentido. Se me ocurrió esta idea, mientras esperaba, como los demás, tomando a sorbos mi cerveza, y cada uno ingería la bebida que le apetecía, con mayoría evidente para el whisky, quizá para entrar un poco en calor o para entonar sus ánimos ante el ambiente gélido y poco hospitalario vivido hasta entonces en el villorrio.

De repente, ocurrió aquello.

Fue un grito agudo y terrible, que nos estremeció a todos. A Howard se le cayó de las manos el vaso de whisky. Se volvió, demudado, hacia la cortina descolorida y la puerta oscura. Yo apreté con más fuerza mi cerveza, quizá instintivamente, para no dejarla caer.

—¿Qué... qué es eso? —jadeó Selena, mirándonos despavorida,

—¡Nancy! —gritó roncamente María.

E inmediatamente nos dimos cuenta de que María era la única que había puesto el dedo en la llaga: Nancy.

Era Nancy la que había gritado, allá dentro. Y creo que nunca antes de ese momento, había oído grito que reflejase mayor horror y angustia que aquél.

—¡Nancy! —Howard echó a correr hacia la puerta aquella, olvidándose totalmente de su vaso de whisky, roto en el suelo, y de todo lo demás que no fuese su propia compañera, su querida Nancy, con la que ninguno sabíamos realmente si pensaba casarse, pero con quien convivía ya en perfecta armonía íntima, sin que nadie pensara en escandalizarse por ello.

Tras un momento de duda, le seguimos. No era sólo problema suyo, ciertamente. Nos afectaba a todos lo que pudiera haberle sucedido a Nancy. Ni siquiera entendí por qué en aquellos cuatro o cinco segundos de indecisión, pudimos estar así, vacilantes, como sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Era algo inexplicable.

Lo cierto es que, aunque ligeramente tarde —quizá el ambiente, la soledad en torno y luego el grito de Nancy nos traumatizó—, todos corrimos a saber qué era lo que había provocado el terror en nuestra amiga y compañera, dentro de la vivienda del viejo Winters.

No tardamos en saberlo.

Hallamos a Nancy en plena crisis histérica, sollozando y retorciéndose, agazapada contra el muro, en un rincón del corredor. Sus manos temblaban espasmódicamente, y murmuraba cosas incoherentes entre dientes. Estaba blanca como el papel.

—¡Nancy, por el amor de Dios! —Jadeó Howard, aterrándola por ambos brazos-—. ¿Qué es lo que te ocurre? Vamos, vamos, tienes que serenarte...

Ella, en vez de hacer lo que se le decía, rompió en abierto llanto, se agazapó contra el pecho de Howard, y dijo algo parecido a:

—Está... está ahí, Howie... Es... es horrible...

Todos escuchamos eso, pero nadie se fijó inicialmente en el gesto de ella hacia un punto del pasillo donde nos encontrábamos. Por ello fui el primero en mirar hacia allá. Yo sí me había fijado en su gesto. Por eso vi, antes que nadie, la primera evidencia del horror.

¡Y qué evidencia!...

Mis ojos se clavaron, incrédulos, en aquello que estaba viendo, en lo que Nancy ya había visto, en lo que, poco a poco, todos fueron viendo ahora, a medida que giraban sus cabezas y buscaban la razón del pánico de la joven.

Pobre Nancy... Tuvo motivos para estar como estaba. Cualquiera los hubiera tenido.

No podíamos saber si aquél era Winters, el dueño de la cantina. Pero por las apariencias^ debía serlo. Era delgado, huesudo, lleno de pecas y de arrugas, canoso y medio calvo, con tatuajes marineros en sus brazos flacos y nervudos.

Su aspecto normal, no sabía cuál podía ser. Sólo supe que el de ahora era horrible.

Colgado allí, en medio del pasillo, con la cuerda mordiendo su roto cuello, los ojos desorbitados, la piel cenicienta, amoratada por la asfixia, la boca crispada y convulsa por la agonía, era la imagen auténtica de la violencia, de la angustia y del miedo.

Porque, evidentemente, antes de morir, el miedo había dejado su tremenda huella, impresa en el rostro del infortunado hombre colgado de... de un garfio de metal del techo de aquella vieja casa.

Pero miedo... ¿a quién? ¿A qué?

Creo que todos nos debíamos preguntar algo parecido en aquellos momentos, cuando oímos algo en el exterior.

Fue un simple quebrar de vidrios en alguna parte, muy cerca de allí, posiblemente en- la misma cantina. Y todos estábamos ahora en el corredor, junto a Nancy y el cuerpo que pendía, oscilante, del techo.

Luego, un extraño jadeo, un estertor horripilante, a pocas yardas de nosotros...

CAPITULO II

—¡Es afuera... en la cantina! —Dijo, de repente, Adam, con un tono de evidente ansiedad la voz—. ¿Qué diablos ocurre allí?

Parecía tener razón. El ruido extraño provenía de allá. Por un momento, no supimos qué hacer, arracimados allí, en el corredor, con una evidente sensación de miedo asomando a nuestras caras.

Finalmente, tomé una decisión y me moví hacia la cantina resueltamente. Creo que fue Adam quien me siguió, aunque en esos momentos no pude estar seguro de nada.

Alcé la vieja cortina, asomé a la cantina...

Un escalofrío sacudió mi cuerpo. Creo que me tambaleé, y que sólo el hecho de estar apoyado contra la pared, y con la mano aferrada a la cortina, evitó que perdiese el equilibrio,

—¡Dios mío...! —susurré—. ¿Qué es esto?

Clavé mis ojos en la que antes fuera vacía cantina. La puerta vidriera aparecía abierta, oscilando a impulsos de las ráfagas de aire húmedo. Uno de sus vidrios se había roto, y los fragmentos aparecían por el suelo, dispersos.

Pero todo eso no era nada, al lado de lo que pudimos ver en el pavimento de la cantina, justo al lado de la puerta de entrada.

Era una mujer. Una mujer tendida boca abajo. Vestía toscas ropas oscuras, de un color pardusco. Un chal de lana pendía de sus hombros, y se había desprendido de su cabeza, dejando ver los cabellos canosos, descuidados y sin peinar.

Su rostro era sólo visible a medias, puesto que lo tenía medio vuelto, pagado al suelo. Pudimos contemplar su ojo desorbitado, su boca torcida, la horrible expresión de agonía de su rostro.

Me precipité sobre ella, me incliné, hice girar, con esfuerzo, el pasado corpachón de la mujer de edad. El resto de su faz no cambiaba en nada lo que viéramos anteriormente. Eran ojos enloquecidos, dilatados por un horror sin límites, una expresión convulsa, un rictus de pavor infinito...

Pulsé su cuello atentamente. Miré a los demás, que ya asomaban a la puerta del cortinaje, y sacudí la cabeza, angustiado.

—Muerta —susurré—. Está muerta...

Aquel racimo de rostros me contempló como si yo fuese el Angel de la Muerte o una aparición de ultratumba. Luego, miraron a la mujer que yacía a mis pies, con una especie de supersticiosa incomprensión.

No podía culparles por ello. Fuera lo que fuese lo que sentían, no debía ser muy diferente a lo que sentía yo.

Además, aquello no tenía el menor sentido.

—Pero, Brett, ¿qué es lo que está sucediendo aquí?

Miré a María. Ella la que había hecho la pregunta. Hubiese querido tener algo, una vaga idea siquiera, para responderle algo coherente, algo que no

sólo le aclarase a ella las ideas, sino a mí también. Lamentablemente, sabía tanto como la propia María, o los demás, pudieran saber. Es decir: no sabía nada de nada. Ni entendía nada, que era lo peor.

—No sé —confesé roncamente, incorporándome—. No sé lo que pasa. Pero ahora sí necesito un whisky...

Me serví uno, con mano nada segura. Adam y Howard fueron hasta el cuerpo de la mujer y lo estudiaron en silencio. Ambos trataron de hallar en ella un signo de vida, fuera el que fuese. Tal vez era una remota esperanza de que yo estuviese equivocado, y aquella mujer sólo se hallara desmayada. Su gesto me hizo entender que se les desvanecía toda esperanza. Habían confirmado lo mismo que yo dije, En aquel cuerpo no había ni el más leve soplo de vida.

—Esta mujer llegó de la calle —sentenció Howard, ceñudo—. Empujó esta puerta, con tal fuerza que la rompió. Entró aquí... y murió. Es absurdo, Brett.

—Absurdo, sí —admití, tras echar un trago—. Pero ha ocurrido, ¿no?

—No tiene ninguna herida. Es como si hubiera muerto de un colapso.

—Tal vez murió así —me encogí de hombros—. El viejo Winters se cuelga del techo, esa mujer muere de un fallo cardíaco,.. Evidentemente, necesitamos ayuda. Tiene que haber alguien más en este pueblo, por muy encerrado que esté en su casa. Si esa mujer virio de ahí afuera, sería por alguna razón...

Sin esperar a que nadie me diese su opinión, eché a andar resueltamente hacia la puerta. María trató de detenerme, con un tono de angustia que yo no le conocía.

—¡No, Brett, espera! —jadeó—. Puede ser... peligroso.

La miré, pensativo, desde el umbral. Luego, iba a responderle algo. Pero en ese momento, de alguna parte del exterior, de las oscuras calles del pueblo marinero, azotadas por el viento, me llegó un sonido ya familiar.

Era un susurro, como un jadeo. Como un estertor de pesadilla llegando de alguna parte inconcreta...

Salí a la calleja, busqué con la mirada arriba y abajo, en la pendiente calzada. Vislumbré en lo alto una luz bailoteante, difusa, a la puerta de algún establecimiento que, tal vez, estaba abierto.

Luego, mis ojos fueron atraídos en otra dirección.

Era allí,, enfrente mío, al otro lado de la calle

Los ojos me miraban fijamente. El rostro lívido era como una máscara bailoteando en las sombras, mal alumbradas por reflejos de bombillas débiles y amarillentas.

Había alguien en la calle. Alguien que antes, cuando entramos en la cantina, no estaba allí. Alguien, sentado al parecer en una butaca, a la intemperie, junto a un edificio sombrío, de muros desconchados, junto a cuya tachada bailoteaba a impulsos del viento una sucia bombilla,

Luego, advertí que no se trataba de ninguna butaca. El hombre que me

contemplaba con aquella inquietante fijeza, estaba acomodado en un cuche de inválido, provisto de ruedas. Y le Faltaban las dos piernas hasta las rodillas, convertidas en muñones sobre los que se plegaban las perneras de un pantalón azul marino, Viejo y grueso.

Pude ver todo eso cuándo, crucé resueltamente la calzada y me aproximé a él, hablándole en voz alta y enérgica:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? En este pueblo están ocurriendo cosas muy extrañas, amigo, ¿Quiere decirme de una vez que diablos pasa?

No me respondió ni dejó de mirarme un momento. No pestañeó. No se movió en su silla rodante de inválido.

Tampoco hubiera podido hacerlo.

El también estaba muerto.

* * *

—Muerto... ¡Brett, ya son tres los muertos que nos encontramos!

Howard Mulligan tenía toda la razón del mundo. Nancy, su novia, sollozaba, apoyada en María. Adam se limitaba a retener contra sí a Selena, que conservaba la calma con admirable entereza.

—Sí, Howard —asentí— Todos lo sabemos. Tres personas hemos hallado en Cabo Corner. Las tres están muertas.

—Y aún no hemos visto a nadie vivo —sentenció Adam, sombrío.

—Eso es —convine—. A nadie. Dos hombres muertos; uno ahorcado del techo, el otro en su silla de inválido. Una mujer muerta, tan inexplicablemente como el último de los dos hombres. Parece una pesada broma. Pero no lo es. Son tres muertos. Tres cadáveres. De eso no hay ninguna duda.

—Es para volverse loco, Brett —farfulló Howard—. Esto ha de tener una explicación.

—Sí, ¿pero cuál? —Se quejó Adam—. Podríamos suponer que había estallado una guerra mundial, una catástrofe, mientras nosotros veníamos hacia acá. Pero si hubiese algo nocivo en la atmósfera... nosotros no estaríamos tranquilamente aquí, normales y llenos de vida.

—Es cierto —asentí—. Sea lo que sea, esa epidemia mortal sólo afecta a los habitantes de Cape Corner. Extraño, ¿no?

—Yo no le llamaría epidemia a colgarse de una soga —señaló Adam, secamente.

—Tal vez el viejo Winters sobrevivió a ciertos hechos, y aterrorizado, se mató. Era María la que opinaba así. La miré y sacudí negativamente la cabeza.

—No, querida —rechacé—. Recuerda que la mujer ha caído muerta aquí después de hallar nosotros a Winters colgado del techo. Y en la calle no había nadie antes... y ahora sí está ese pobre inválido sin vida, muerto sin haber intentado siquiera moverse de su coche de ruedas...

—Creo que lo mejor es recorrer el pueblo y ver qué acurre con los demás

—señaló de repente Howard, con energía—. Podríamos dividirnos en dos grupos, y...

—No, no —se estremeció Nancy vivamente—. Separamos, no, por favor. Tengo miedo...

Arrugué el ceño, sopesando las probabilidades. Expuse mi opinión:

—No es un pueblo muy grande, después de todo. Nancy tiene razón. Hay tres mujeres, y no conviene que nosotros, los hombres, nos dispersemos. Iremos los seis juntos. Miraremos todo lo que nos rodea, casa por casa. ¿De acuerdo?

Hubo una breve indecisión. Las mujeres se apresuraron a asentir. Howard y Adam se miraron, encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —aceptó al fin Howard—. ¿Vamos allá.

—Sí, vamos —-asentí.

En ese momento me pasó una idea ridícula por la cabeza. Iba a comentar en voz alta que no llevábamos arma alguna para defendernos. Inmediatamente me abstuve de decir tal cosa, por incongruente.

¿Defendernos de qué? No podía haber nada tangible que nos amenazara. Habíamos tropezado con dos muertos por causas inexplicadas, posiblemente por colapso, y con otro que era un suicida evidente. Nada, en todo; ello, hacía suponer una presencia humana que fuese; amenazadora para nosotros.

¿O, realmente, sí había algo siniestro en aquel pueblo?

Traté de apartar de mí esa idea, por grotesca, pero lo cierto es que no lo logré del todo. Con ese estado de ánimo, iniciamos nuestro nocturno recorrido por Cape Corner.

Nuestras pisadas sobre el suelo desigual, rebotaban en los muros silenciosos, con ecos lóbregos y extraños. Allá, al fondo, el inevitable rumor del oleaje, estrellándose en los acantilados, daba a la atmósfera un clima de zozobra, de áspera soledad y de aislamiento total, rodeados sólo por las fuerzas de una naturaleza hostil.

—Allá hay un establecimiento abierto —dijo Adam señalando la luz que yo viera antes—. Es pequeño. Parece un estanco...

Era un estanco. Fuimos allá resueltamente. La puerta estaba abierta. Batía con un golpeteo rítmico e irritante, movida por el viento. Las calles seguían absolutamente desoladas, sin presencia humana alguna que nos hiciera sentir una vaga esperanza de normalidad.

Entramos todos en el estanco, los hombres rodeando protectoramente a las mujeres, como si todos, interiormente, instintivamente, temiéramos algo.

El estanco estaba vacío. Eso empezaba a ser absolutamente normal en Cape Corner. Pero aun así, nos defraudó. Había allí tabaco, postales, cuadernos escolares, e incluso algunas publicaciones y diarios con más de dos semanas de atraso. Todo ordenado y limpio.

Me fijé en un documento enmarcado, tras el mostrador. Me asomé, mirándolo más de cerca. Era el título de propiedad del negocio, a nombre de una tal señora Gladys Mantell.

Estudié sobre todo, su fotografía cosida con dos grapas al certificado. La mujer me era conocida. La señalé, con gesto de aturdimiento.

—Mirad —dije—. Es... es la mujer muerta en la cantina. La señora Mantell... dueña de este negocio.

Todos comprobaron ese extremo. No contribuyó, ciertamente, a dar ánimos a nadie. Howard se fijó en una puertecilla, al fondo del negocio, que comunicaba sin duda con la vivienda de la señora Mantell. Resueltamente, fue hacia allá, y empujó la hoja de madera, penetrando en el local. Le seguí, indicando a Adam con un gesto que se quedara allí con las tres mujeres.

Howard y yo cruzamos un estrecho corredor, con cuadros marineros en las paredes, y terminamos el recorrido en un pequeño saloncito-comedor, donde había una mesa puesta, con una botella de vino, un plato de sopa de pescado, ya fría, y trozos de bacalao en salsa sobre una fuente. Todo intacto, todo sin señal de violencia alguna. Mesa para uno solo. Seguramente para la señora Mantell.

No había tocado esa cena.

De repente, tuve la sensación de que unos ojos, esta vez vivos, me contemplaban, escudriñadores, desde alguna parte. Giré la cabeza... y me encontré con el primer ser viviente que veía en Cape Corner.

* * *

Los ojos eran grandes, astutos y malignos. Brillaban de forma opalina en el comedor débilmente iluminado. Estaban fijos en mí. Muy fijos.

Pero ni siquiera eran de un ser humano. Pertenecían a un gato.

Un gato negro, lustroso y bien alimentado. Nos contemplaba con una especie de tensa agresividad. No maullaba, pero arqueó su lomo, se hinchó su rabo y soltó un leve bufido.

Luego, sin intentar atacarnos, emitió un maullido ronco, dio un salto, y se perdió por el fondo de la vivienda. Howard y yo nos miramos.

—Al menos, algo hay vivo aquí... —murmuró él—, Aunque sea un simple gato...

—Parecía asustado —comenté—. No sé si por nuestra presencia en casa de su ama, o porque intuye que a ella le sucede algo...

—Por desgracia, los gatos no hablan —Howard meneó la cabeza, tras echar una ojeada distraída al resto de habitaciones—. Vamos de aquí, Brett. La mujer debía vivir sola. Tal vez sea viuda o algo así. Esto no, nos aclara nada

—Espera —dije gravemente, mirando al aparador—. Tal vez sí nos aclare algo...

Me acerqué al mueble. Miré los objetos allí alineados. Había entre ellos un frasco de tabletas para el dolor de cabeza, a base de ácido acetil salicílico, y unas pastillas de menta para la garganta. Eran todos los medicamentos visibles. Me volví a Howard.

—No usaba ninguna medicina para enfermedades cardíacas o de otro tipo —dije—. Sólo remedios corrientes y sencillos para un simple dolor, o una tos. Por lo tanto, estaba bien de salud..

—Sí, parece cierto —Howard se frotó el mentón, pensativo—. Bien deducido, Brett. Pero eso, ¿adónde nos conduce?

—A una pregunta sin respuesta: ¿por qué murió repentinamente?

Y como no había respuesta, y Howard tampoco esperaba que pudiese dármela, salí de la vivienda seguido por mi compañero. Cuando nos reunimos con ¡Adam y las chicas en el estanco, expliqué concisamente lo sucedido. María me estudió, preocupada.

—Tal vez estemos haciendo un castillo de algo accidental y simplemente casual, después de todo —terció Selena, con admirable equilibrio emocional.

—Tal vez —me encogí de hombros—. Soy el primero en desearlo, Selena. Vamos a otro lugar. Aquí, ya está todo visto.

Salimos en grupo. Echamos a andar por las inhóspitas calles azotadas por el frío viento marino. La calle principal se partía en dos direcciones, al llegar a una especie de plazuela, donde inmediatamente me fijé en dos edificios, uno frente al otro, que nos ofrecían un mundo de posibilidades.

—Mirad —dije—. Hay luz en los dos. Tenemos que entrar ahí.

Uno de los edificios mostraba un viejo cartelón descolorido, sobre su portalón alumbrado por una lámpara de cristal sucio:

«CENTRO RECREATIVO DEL PESCADOR»

El otro, exhibía unas letras en relieve sobre la piedra, junto a la puerta débilmente iluminada y los escalones de la misma piedra:

«OFICINA DE CORREOS»

—Bueno... —suspiró Adam—. Al fin vamos a salir de dudas. Alguien nos podrá informar en esos edificios. Me sentiré muy tranquilo cuando pueda hablar con alguna persona que no seamos nosotros... En este pueblo tiene que haber alguien, ¿no es cierto?

No dije nada. Interiormente, todos deseábamos lo mismo. Y ahora era el momento de poner muchas cosas en claro, definitivamente, convirtiendo quizá nuestros temores y recelos en simples sospechas ridículas.

—Ahora sí podemos dividirnos sin riesgo alguno —dijo Howard—. Yo iré con Nancy al círculo de Pescadores. Vosotros, id a la oficina postal, si es que alguna otra chica no prefiere venir conmigo. ¿De acuerdo? Inmediatamente, nos reuniremos para saber cada grupo lo que el otro ha averiguado. Adelante.

Nancy se aferró a su mano. Howard y ella se aventuraron dentro del círculo. Tras un momento de duda, Adam y Selena le siguieron. Nos quedamos solos María y yo, para visitar la oficina de Correos. Era obvio que todos deseaban verse ante un nutrido grupo de pescadores, enfrascados en sus recreos, como el juego, la lectura o la simple charla, y no les atraía tanto

visitar una oficina donde sólo habría un solitario empleado, posiblemente.

María dudó, aferrándome los dedos con energía. Había algo de temor instintivo en su mirada al fijarla en mí.

—¿Vamos a entrar ahí los dos solos, Brett? —preguntó, vacilante.

—¿Por qué no? —sonreí—. Ellos encontrarán a mucha más gente. Nosotros, posiblemente a una persona, dos todo lo más. Una oficina postal, en este lugar, no puede necesitar mucha mano de obra, ciertamente. Vamos allá, María. No temas nada, Estoy a tu lado.

Ella asintió, no sé si para tranquilizarse a sí misma, para satisfacer mi vanidad de macho, o jorque realmente sentía confianza al estar a mi lado. Subimos los escalones de piedra, empujamos una puerta vidriera, donde indicaba que aquella oficina permanecía abierta solamente hasta las seis de la tarde, y entramos.

—Son mucho más de las seis... —comenté, al pisar la oficina de Correos —. Tal vez se enfaden por nuestra visita intempestiva...

Nos encaramos a un mostrador provisto de un panel de cristal, con una ventanilla. Esta aparecía solamente entornada, pese a que encima de ella insistían en el horario de trabajo, ya vencido tiempo atrás. Detrás del cristal esmerilado, color caramelo, había luz.

Me incliné. Golpeé suavemente el vidrio de la ventanilla. Nadie acudió a atenderme.

María, junto a mí, oprimía con fuerza creciente mi mano. Fingí no advertirlo, y llamé de nuevo, con igual resultado.

Luego, resuelto, empujé la puertecilla de la ventanilla, que cedió sin dificultad. Asomé la cabeza y miré al interior, donde se hallaban los casilleros, un par de flacas sacas postales, hojas de sellos para franqueo, tarifas postales en los muros y...

Y una mujer joven, ante la mesa de ordenar cartas.

La mujer tenía cabellos rojos, un rostro atractivo y usaba gafas con montura de metal, sobre su recta nariz.

No le pregunté nada. No hubiera servido absolutamente para nada práctico.

Ella... también estaba muerta.

Abajo, en la plaza, en el exterior, sonó un grito, un alarido terrible. Giré la cabeza, mortalmente pálido mirando con horror a María, que había vislumbrado la presencia del cadáver en la oficina postal, y tenía ahora el color de la cera.

—¡Brett! —gimió—. ¡Esa voz... es la de Nancy!

Asentí, sintiendo que mis cabellos se erizaban. Apretando con fuerza la mano de María en la mía, corrí ahora hacia el exterior.

Hacia un nuevo horror, sin duda alguna.

CAPITULO III

No estaban en la calle, como suponíamos. En la plaza no había nadie en absoluto. Unos papeles rozaron nuestros pies, movidos de acá para allá por las ráfagas de viento. Fue todo lo que se movió en el exterior, exceptuando a nosotros mismos,

Enfrente, dentro del círculo, se repetía el grito ahora, en la voz de Nancy. Miramos hacia lo alto. Un balcón asomaba a la plaza. Estaba a medio abrir. Tras él sonaban los gritos estremecedores.

Corrimos ambos, sin despegar nuestros enlazados dedos, crispados y fríos, resbaladizos ahora, a causa de un repentino sudor helado que los humedecía. Alcanzamos el Círculo de Pescadores y, sin vacilar, enfilamos las amplias escaleras de piedra, con balaustrada, en el lóbrego zaguán del viejo edificio. Allí dentro olía a humedad, a salitre y a abandono. Los pescadores, ciertamente, no cuidaban demasiado su centro de reunión tras las duras jornadas en alta mar, faenando en el inclemente oleaje para ganarse el sustento.

Alcanzamos la planta alta. Una antesala con anotaciones y avisos claveteados en un panel, una pequeña conserjería solitaria, y unas pocas sillas desvencijadas. Al fondo, dos puertas vidrieras amplias, cerradas. Tras ellas, luz. Y los ecos del grito último de Nancy, extinguiéndose lentamente.

—Espera —susurré—No te muevas. Iré a ver lo que pasa, María.

—¡No! —gimió ella—. No, Brett. Por nada del mundo me apartaría de ti.

La miré. Estaba realmente aterrorizada. Yo también, pero tenía que disimular. En otro caso, ¿de qué diablos iba a servirle a una muchacha como ella, la presencia de un hombre que se las da de protector?

—Está bien, vamos —acepté, echando a andar de nuevo—. Sea lo que sea, no puede resultar peor que esta incertidumbre.

Llegamos a la puerta. La abrimos. Nos enfrentamos con el interior, con lo que había tras ella.

Comprendí a Nancy. Comprendí sus gritos. Comprendí su espantoso gesto de horror en estos momentos, abrazada a Howard, con Adam y Selena más atrás, también petrificados por el espanto.

Sí. Viendo aquello, se podía comprender todo el miedo del mundo.

María, a mi lado, exhaló un gemido. Noté que se aflojaban sus dedos. Llegué justo a tiempo de evitar qué se desplomase en las baldosas del salón. La tomé en mis brazos, y la alcé en ellos, como una pluma, sin que mis ojos dejaran de contemplar la espantosa escena que allí se ofrecía.

* * *

Había, cuando menos, una docena de viejos y curtidos pescadores. Sus atavíos, sus rostros yodados, surcados de arrugas, sus gorras azules o sus

jerseys gruesos, denunciaban su condición, tanto como sus pipas de espuma o de vieja madera quemada.

Reunidos en torno a mesas para jugar a naipes, a dados, o simplemente para leer o charlar, formaban grupos diversos acá y allá, ante los tableros de mármol redondo de aquellas mesas. En medio de la sala, una vieja estufa de hierro, expandía un grato calorcillo en torno. Pero maldita la falta que ese calor les hacía a los presentes todos.

Estaban muertos.

Muertos todos ellos.

Cadáveres acá, allá. Cuerpos rígidos, envarados o encogidos. Rostros de terror, de angustia suprema. Expresiones convulsas. Como si la Muerte tuviese el más espantoso aspecto imaginable, al aproximarse a ellos.

Y ninguno, absolutamente ninguno de los cadáveres, ofrecía huella de violencia, de sangre, de herida alguna. Pero eran sólo eso: cadáveres, amigablemente reunidos en una tertulia escalofriante y sin sentido.

Nancy, tras sus gritos, sollozaba histéricamente, abrazada a Howard, oculto el rostro contra su pecho. Adam y Selena eran dos estatuas pálidas, incapaces de hacer algo, de moverse, incluso de hablar.

Deposité a María en un sota de deslucida pana, salpicado de costuras y parches. Ale aproximé a una de las mesas. La muerte había sorprendido a tres pescadores viejos, jugando su partida de naipes. Apaciblemente, casi sin sentirlo, se habían quedado así. Sin respirar, reclinados en sus asientos, como contemplando las cartas que se habían desprendido de sus manos. Algunos otros estaban caídos sobre las mesas, pero estos tres, no.

Pulsé sus muñecas, ausculté su corazón, busqué algo de aliento en sus bocas, aplicándoles un espejo de Selena. Nada. No había nada de ello. Sólo la muerte...

—No puedo comprenderlo —susurré—. Esto es enloquecedor... ¿Qué pudo causarles la muerte tan repentina?

—Si lo supiéramos, Brett... —Adam logró salir de su mutismo—. Los hallamos así, justamente como los ves...

—¿Y la oficina posta!, Brett? —era Howard quien preguntaba ahora.

Hice un gesto elocuente. No me preguntaron nada. No hacía falta. Lo demás, resultaba obvio ya. Empezaba a ser lo habitual allí.

—Dios mío... ¿Hasta dónele vamos a llegar? ¿Qué está sucediendo, en Cape Corner? —la voz de Selena era casi patética—. Si al menos pudiéramos avisar a alguien, comunicarnos con el exterior de alguna forma, llamar a la policía, a quien fuese... A Sanidad, por supuesto. Debe tratarse de... de una epidemia, ¿no crees, Brett?

Hundí las manos en los bolsillos. Me encogí de hombros. No sabía por qué me preguntaba eso. Yo no era médico. Sabía tanto de esto como todos ellos.

—Dudo mucho que sea una epidemia —objeté, sin embargo—. Nunca vi nada parecido. Nadie se muere así, tranquila e inesperadamente, de ninguna enfermedad- contagiosa.

—Entonces, ¿qué es? —chilló Adam, exasperado—. ¿Qué diablos es, Brett?

—¿Y yo qué sé? —grité también, revolviéndome airado frente a él. Me contuve con alguna dificultad, respiré hondo, y traté de serenar mi voz y mis ánimos—. Perdona, Adam. No debí gritar. Estamos perdiendo el control de nuestros nervios.

Bentley resopló. Había disgusto en su gesto.

—No, Brett —dijo—. Perdóname tú a mí. No supe lo que hacía. Es absurdo pelearse ahora. Creo que todos estamos bastante nerviosos, irritables...

—No es para menos —sentenció Howard, mientras yo atendía a María, que iba recuperándose lentamente de su desvanecimiento—. Empiezo a dudar de que, realmente, no haya tenido lugar aquí un desastre nuclear o algo parecido.

—No, no lo creo —suspiré—. Recordad que la mujer del estanco murió hace poco, que llegó a entrar en la cantina... Y ese inválido de la calle... no estaba cuando nosotros entrarnos en el negocio del pobre Winters...

—Se me está ocurriendo algo, amigos —dijo bruscamente Adam.

—¿Qué? —le miré, esperando alguna nueva idea.

—Vámonos de aquí. Salgamos de este lugar lo antes posible.

—¿Regresar? ¿Eso sugieres? —preguntó Howard, arrugando el ceño.

—No sería mala idea —aprobé, al ver asentir a Adam Bentley vivamente —. Mientras estemos a tiempo, creo que es lo mejor que podemos hacer, a la vista de las circunstancias. Una vez en tierra firme, pediremos ayuda, denunciaremos lo ocurrido a las autoridades, y creo que todos nos sentiremos un poco mejor, física y moralmente.

María ya se recuperaba lentamente. Nos miró, aturdida. Luego, clavó sus ojos en mí, captó borrosamente a mi espalda la escena alucinante de los hombres inmóviles en la sala silenciosa, y estalló en llanto.

—Será lo mejor —corroboró Selena vivamente—. ¡Vámonos, por favor! No puedo estar aquí ni un momento más. Si al menos hubiera teléfono para avisar a alguien...

—Aquí no hay líneas telefónicas, ya lo he observado —dijo Howard, pensativo—. Estamos totalmente aislados de tierra. Y las embarcaciones de servicio postal y de aprovisionamiento de este lugar, hacen un solo viaje semanal. Corresponde cada lunes, de modo que no podemos contar con ello 'hasta dentro de tres fechas. Demasiado tiempo, por supuesto, para pensar en pasarlo aquí, esperando. De modo que quizá sea buena la sugerencia de Adam. Vámonos .a tierra firme.

—Pero el oleaje es muy fuerte... De noche, este mar es peligroso... —musitó Nancy, muy pálida.

—Cualquier cosa será mejor que continuar aquí, rodeados de cadáveres —refunfuñó con acritud, Adam—- ¿Todos dispuestos?

—Sí —asentí—, Dispuestos. Vamos, María, querida. Nos marchamos de

aquí. Me temo que no elegimos muy bien nuestro lugar de vacaciones...

Ella asintió, mirándome desde sus pupilas de llanto. Parecía tan ansiosa como todos, en salir de aquella especie de pesadilla. La ayudé a incorporarse, y la retuve entre mis brazos, tratando de confortarla. Pero era difícil en aquel lugar, en aquella amplia sala poblada solamente por difuntos.

Salimos lentamente del local, sin advertir la menor presencia de ser viviente alguno. Empezamos a descender los escalones de piedra hacia el zaguán, bajo la alta farola de vidrios sucios y débil bombilla, allá en el techo abovedado del local.

De repente, no sé cómo sucedió, mis ojos se fijaron en aquella puerta entornada. Y en las pupilas que brillaban en la sombra, por la rendija.

Ojos vivos, humanos. Ojos fijos en nosotros.

Fue tan fugaz, que hubiera podido dudar de mi propia percepción, de no ser porque, justo en ese momento, la puerta entornada se cerró suavemente, y chascó su pestillo al ajustarse.

Me quedé rígido en la escalera. Señalé aquella puertecilla lateral, en la zona menos iluminada del zaguán.

—¡Allí! —dije roncamente.

—Brett... ¿qué sucede? —se sobresaltó Howard, mirándome perplejo.

—Esa puerta... Estaba entreabierta —susurré—. Había alguien tras ella. Miró... y luego cerró. Era alguien vivo, estoy seguro...

—¿Sí? —Adam se mostró ligeramente escéptico—. Parece herméticamente cerrada...

—Ahora lo está, pero no antes.

—No me fijé en ella —señaló Howard—. Vamos a ver lo que hay tras ella.

Yo me anticipé, con una larga zancada, advirtiendo a Adam y a Howard:

—Cuidad de las mujeres. Yo miraré ahí.

—¿Tú solo? —Dudó Adam—. Puede ser peligroso, Brett...

—Sí, Brett, no lo intentes... —gimió María, implorante—. Te lo ruego...

—Hay alguien vivo en este maldito lugar —dije agriamente—. Y tengo que saber quién es... y de qué huye; Tal vez eso nos lleve a saber la verdad de lo que está ocurriendo.

Fui directamente hacia aquella puerta. Tomé el pomo, girándolo. Para mi sorpresa, cedió sin dificultad. El pestillo chascó de nuevo, al abrirse y dejarme paso franco.

Vacilé un momento, al encararme con la oscuridad lóbrega que se veía al otro lado de la puerta, como una densa masa de sombras, capaces de albergar todos los horrores imaginables.

Aún llevaba en mi bolsillo una pequeña linterna plana, muy útil en casos así. La extraje, proyectando un delgado chorro de luz al interior oscuro.

Descubrí un pasaje húmedo prolongado, que parecía ir a perderse allá al fondo, a espaldas del edificio destinado a Círculo de Pescadores. Tras un momento de duda, di un paso adelante. A mi espalda, la voz de María rogó:

—No, Brett, no... ¡Vuelve, por Dios!

Miré atrás. Les sonreí.

—Será sólo un momento —dije—. Voy a recorrer este pasillo.

—Te acompaño —se decidió, bruscamente Howard—. No quiero que vayas solo, Brett. Tú, Adam, quédate con las chicas. No te separes de ellas por nada del mundo.

Le oí caminar presuroso tras de mí, dejando la puerta abierta a nuestra espalda, mientras yo me movía ya por el corredor en sombras, linterna en mano. No veía rastro de ser viviente alguno, pese a lo prolongado del recto corredor. Howard hizo notar, en voz baja:

—¿No lo habrás imaginado, Brett?

—No —dije, rotundo—. Seguro que no. Vi esos ojos. Y eran de alguien con vida...

—¡Ojalá sea así! —suspiró—. Estoy deseando encontrarme con alguien que no sea ya cadáver; alguien de este pueblo con quien poder hablar.

De pronto, me detuve con un escalofrío.

Hice un gesto a Howard. El dudó primero. Luego, entendió, al ser perfectamente audible en el silencio aquel sonido estremecedor.

No era la primera vez que lo orarnos. Recordé, cuando menos, dos ocasiones anteriores. Una, precedió al hallazgo del cadáver de la estanquera. Otra, a la visión del inválido muerto en la calle, sobre su silla de ruedas...

El susurro.

Aquel estertor inhumano, aquella especie de jaleo arrastrado, que no llegaba de ningún lugar en concreto, pero que flotaba alrededor nuestro, como un murmullo llegando de los infiernos.

La leve luz de la lámpara, me reveló el rostro de Howard, brillante por el sudor. Yo mismo noté mi piel, fría y húmeda. El jadeo maligno pareció aproximarse, rozarnos con sonido inquietante...

No sé si fue temor, sobresalto o, simplemente, el efecto del sudor en mi mano, pero la linterna resbaló, golpeó el suelo... y se apagó,

Howard y yo nos quedamos sumidos en la más completa oscuridad. Con aquella susurrante presencia en la sombra; como una amenaza de muerte para alguien...

—¡Howard! —mascullé—. Perdí la lámpara... ¿Llevas luz?

El juró entre dientes, no lejos de mí, tras un silencio que me pareció interminable y que, tal vez, sólo duró unos breves segundos. Pero ahora, cada instante era como una eternidad, en aquel mar de sombras donde algo producía aquel rumor extraño y aterrador. Algo que ni siquiera parecía ser de este mundo.

Brilló un fósforo en la oscuridad húmeda, al tiempo que Howard mascullaba con voz malhumorada:

—¡Infiernos! Me has asustado tanto con ese apagón, que ni siquiera podía hablar... y menos aún buscar los fósforos, Brett. Debería avergonzarme confesar esto, pero no es así.

—Tampoco me avergüenzo yo —confesé—. Y tengo un miedo como

jamás había conocido antes de ahora, amigo mío.

A la luz del fósforo dimos unos pocos pasos, hasta recuperar mi linterna. La traté de encender. En vano. No funcionó.

—Ha debido romperse la bombilla —maldijo Howard, encendiendo otro fósforo y dándome a mí la caja, mientras él sostenía la luz en su mano temblorosa—. Todo se pone a nuestro favor, ¿eh?

—Calma —pedí—. Ese maldito sonido... ese murmullo... ya no suena.

Era verdad. Howard asintió, al notar que el silencio más absoluto nos rodeaba. Luego por vez primera, de repente, captamos un alarido humano frente a nosotros.

Digo *por primera vez*, porque ahora no pertenecía esa voz humana a las gargantas de ninguno de nosotros. Era otra persona quien había emitido aquel grito horripilante, en algún lugar ante nosotros, en el misterioso corredor. Estuve seguro de que, incluso, tuvo que ser oído desde e! zaguán, por Adam y las tres chicas.

Howard, en su nerviosismo actual, dejó caer el fósforo, impresionado por aquel grito desgarrador. De nuevo nos envolvieron las tinieblas. Como buenamente pude, prendí otro fósforo. Me moví con rapidez, cubriendo la llama con la otra mano, para que no la apagase el repentino aire frío y pegajoso que me recibió al doblar un recodo del pasaje.

Fue terrible.

Es una escena que ya nunca podré olvidar mientras viva. De todo lo sucedido hasta entonces, ésta sin duda alguna, era la peor de todas.

Porque enfrente a la Muerte, empezaba a ser algo ya familiar para nosotros, en aquel siniestro pueblo pesquero de las costas septentrionales de Inglaterra. Pero ver cierta faz de la misma Muerte, puede ser un espectáculo demasiado espantoso para el que, antes de esta alucinante experiencia, jamás ha presenciado en su vida nada parecido, ni remotamente.

Estábamos en un patio destartalado y oscuro, en la parte trasera del edificio, delimitado por altas cercas de piedra. Y allí, antes de que una ráfaga de aire helado apagase el fósforo, sumiéndonos de nuevo en las tinieblas, me fue dado ver al hombre tendido en medio de ese patio.

Por supuesto, estaba muerto, como todos los demás.

Sólo que esta vez, no hacía falta ni siquiera buscar su pulso para comprobarlo. Bastaba con ver aquella figura humana, crispada, con las manos engarfiadas, agitándose todavía en leves espasmos en tierra... y su cabeza, colgando a un lado, unida a su cuello solamente por un tendón, en medio de una espantosa, sanguinolenta charca sobre la que yacía el destrozado cuello.

Desde aquella cabeza decapitada, unos ojos humanos hacían guiños terribles, y la boca trataba de decir algo, moviéndose espasmódicamente, entre borbotones de sangre.

Por primera vez, la oscuridad me pareció que era un alivio.

CAPITULO IV

Estábamos reunidos de nuevo en el zaguán. No sabíamos qué hacer. Pero ahora, todos sabían en qué había terminado mi búsqueda. No podía saber si el muerto era el hombre cuyos ojos descubrí tras la puerta... o el asesino de aquél.

Porque, evidentemente, por vez primera, estábamos ante una muerte concreta, violenta, con una causa directa: la acción de otro ser. Allí, en el patio, no había arma alguna, y sí en cambio un hombre decapitado casi limpiamente. Un hombre recién asesinado, cuyo cuerpo aún conservaba algo de vida, simples reflejos nerviosos cuando Howard y yo dimos con él.

—Pero... pero entonces ¿adónde fue el criminal? —quiso saber Adam, muy pálido, tras escuchar todos ellos nuestra historia, sin que las mujeres pudiesen evitar un estremecimiento de terror.

—No sabemos. Buscamos con esos fósforos, sin hallar nada de nada. Gotas de sangre había muchas, alrededor del cadáver. Salpicaduras, claro. Entre ellas, evidentemente, estaría el reguero que dejó el arma del asesino, tras cortar la cabeza a la víctima. Pero no hemos dado con ese rastro. Ni teníamos medios, en realidad, para ello. Tal vez si volvemos, si iluminarnos el lugar con una linterna más potente...

—¡No, no, por Dios! —sollozó Nancy, trémula—. ¡No volváis allá! ¡No quiero ver ese espantoso lugar, ese horrible cadáver decapitado! ¡No quiero ver nada! ¡Deseo salir de aquí lo antes posible; huir lo más lejos que podamos todos nosotros! ¡Vamos, Howard, y tú, Brett! ¡Regresemos a tierra, no esperemos más!

Nos miramos todos, preocupados. Selena afirmó lentamente.

—Creo que Nancy tiene razón. Ha expuesto, creo, lo que todos pensamos interiormente. Estoy deseando irme de este espantoso cementerio.

—Y yo —afirmó María, sin la menor vacilación.

—Está bien —suspiró Howard—. Hay mayoría, evidentemente. Nos iremos, ¿no, Brett?

—Claro —asentí, sombrío—. Es lo mejor que podemos hacer, estoy de acuerdo.

—¿Y dejar esta población a merced de... de un asesino loco, que va matando a todos sus habitantes? —murmuró Adam, contrariado.

—Esa teoría del asesino loco, parece plausible a primera vista —dije—. Pero no puede ser tan sencilla la explicación.

—¿No? ¿Qué otra cabe ya? —Adam expuso fríamente los hechos—. Un hombre decapitado... Otro, ahorcado. Al pobre Winter debió colgarle ese asesino. En cuanto a todos los demás... se me ocurre pensar en un veneno, en algo tóxico para todos.

—¿Tóxico? ¿Dónde puso ese tóxico? —quise saber, mirando fijamente a Adam.

—¡Oh, en cualquier cosa! En la comida, en una bebida...

—No sirve —suspiré—. La señora Mantell murió sin haber probado su cena ni empezado la botella de vino. Esos pescadores, no todos bebían algo. Los había sin siquiera un vaso de agua ante ellos. El inválido de la calle, resulta dudoso que estuviera tomando algo al morir...

—Bueno, quizá algo en... en el aire, un gas letal... —sugirió Adam.

—¿Y sólo lo respiran los habitantes de Cape Corner, y no nosotros? —Terció Selena—. Imposible, Adam, creo que Brett tiene razón. La teoría de un asesino demente es sencilla, fácil... pero no sirve.

—Bien. Entonces, ofrecedme una mejor —nos desafió Adam, desabrido su tono.

—No, amigo —rechacé—. No hay una mejor. No existe por ahora. No sé lo que ocurre, pero no basta con la presencia de un asesino. Tiene que haber algo más. Mucho más...

—Sí, pero... ¿qué?

—No sé, Adam. Es imposible imaginarlo. El asesino existe, evidentemente. Incluso admito que el viejo Winters no se suicidó, sino que fue ejecutado por ese monstruo loco. Pero sé, intuyo, que existe otra cosa...

Nadie me dijo nada. Nadie comentó cosa alguna. No sé si estaban de acuerdo conmigo o no, pero se sentían tan sobrecogidos, que optaron por el silencio. Uno a uno, fuimos saliendo a la plaza. El viento no disminuía. El frío calaba hasta los huesos. La noche era tan oscura e inclemente como todo cuanto allí nos rodeaba.

Selena tuvo la humorada, en medio de la tensión ambiental, de pronunciar una frase sarcástica:

—¡Y pensar que vinimos aquí a disfrutar de un feliz y alegre fin de semana...!

Tampoco dijimos nada. Hasta el sentido del humor se nos estaba agotando, al paso de los últimos acontecimientos. Nuestra marcha por la plaza era lenta y como cansina. Descendimos la empinada calle, evitando incluso mirar al infortunado hombre del coche de ruedas.

Todo continuaba igual, sin la menor señal de vida. Pasamos ante viviendas particulares, sin atrevernos a curiosear en su interior. Su propio silencio, las luces en algunas ventanas, la ausencia de voces, de sonidos, de señales de existencia humana, ya eran de por sí lo bastante elocuentes por sí mismas.

Creo que, en esos momentos, ninguno queríamos enfrentarnos a nuevos horrores, a la presencia masiva y aterradora de la Muerte, casa por casa y lugar por lugar.

Estábamos dispuestos a huir de allí lo antes posible. Y eso era lo que estábamos haciendo en estos momentos, sin la menor vacilación. Regresábamos, sin recoger siquiera nuestras pertenencias, al lugar donde quedara la embarcación con la que habíamos llegado a Cape Corner. Ya no había otra cosa que nos pre-ocupase, sino alcanzar tierra firme, tomar allí el automóvil con el remolque para la canoa, y alejarnos cuanto nos fuese posible

del lugar maldito.

Para lo abrupto del terreno, lo oscuro de la noche y lo inhóspito del clima de aquel paraje, puede decirse que llegamos con suma rapidez a la arena situada entre los arrecifes, al pie del abrupto promontorio que se adentraba en el mar. La luz del faro, resbalando perezosamente sobre las casas, las rocas y las aguas revueltas y sombría, era como una falsa señal de vida, sobre todo para nosotros, que conocíamos la espantosa e inexplicable realidad de Cape Corner.

Cuando llegamos a la franja arenosa el agua había subido de nivel más aún, y el oleaje era más áspero y violento, pero ni aun así lograba dar alcance a la embarcación plástica, y al motor envuelto en tela impermeable, situados por María y por mi lo bastante dentro de la playa como para no correr el riesgo de quedarnos sin medios de retorno.

—Howard, ayúdame —pedí a mi amigo—. Tenemos que montar el motor antes de poner en flotación la lancha. De otro modo, ese oleaje podría volcarnos...

Asintió él, como buen conocedor de la mar y sus problemas. Se dispuso a auxiliarme en esa tarea. En aquel momento, Adam lanzó el grito, al ayudar a las muchachas a subir a la canoa, tras situar ésta ya al borde del agua.

—¡Cielos, mirad eso! —clamó—. ¡No es posible!...

Su voz tenía una nota angustiada que nos alarmó. Howard y yo corrimos a ver lo que señalaba dentro de la canoa, dejando por el momento, el motor fuera borda.

Nos quedamos petrificados. Al mirarnos, nuestro gesto creo que era igualmente desesperado. Había motivos para ello.

Alguien había destrozado el fondo de la embarcación de plástico. Era absolutamente imposible ponernos a flote. De; haberlo hecho, nos hubiéramos sumergido en cuestión de segundos. Los golpes sobre la materia plástica habían desgarrado ésta ampliamente, y el simple hecho de acercar la lancha al oleaje, hizo que se invadiera de agua con rapidez.

Una profunda, aplastante desalación, nos invadió a todos. Nos quedamos mirando, con auténtico pavor. Creo que, por primera vez en mi vida, supe lo que era temblar de pánico, notar la helada garra del terror atenazando mi corazón y mi ánimo.

—¡Dios mío...! —musité, despavorido, dejándome caer sobre unas rocas, sentado estúpidamente, allá en medio de la arena, Frente al mar sombrío e inexpugnable ahora para nosotros, pobres náufragos en una auténtica isla del horror.

* * *

—Volver, Brett... Volver arriba, al pueblo... ¿Entiendes eso?

—Claro, Adams. Lo entiendo muy bien. No hay otra solución.

—¡Pero, Brett, es meterse en un maldito y horrible cementerio! —clamó

mi amigo, desesperado.

—Lo sé. Pero esto es peor. Quedarse aquí, en la arena, esperando un imposible, aguardando a que amanezca... es la peor de las locuras. El frío y la humedad son muy considerables. Terminaríamos congelados. Piensa que faltan, al menos, diez horas para el amanecer. Ninguno soportaríamos tanto. No hemos traído equipos para..,

—Además, ¿quién nos garantiza que el horror no llegará hasta aquí? —murmuró Howard acercándose lentamente a nosotros—. Del mismo modo que alguien destrozó nuestra embarcación, dejándonos sin el único medio de regreso posible a tierra firme, podrían venir a por nosotros... y aniquilarnos como aniquilaron a tantos otros allá arriba. Cada vez estoy más convencido de que todas esas muertes no son por causa natural, de que algo o alguien los exterminó...

—Sí, pero ¿qué o quién... y por qué? —preguntó Selena gravemente.

Howard se encogió de hombros. Ya volvíamos a lo mismo de siempre. Al callejón sin salida del quién, el qué, el cómo y el por qué...

—Dejemos ahora todo eso —dije tías un silencio—. Lo importante es decidir qué hacemos. Y creo que, en eso, todos tenemos que estar de acuerdo, nos guste la idea o no. Hasta el momento, Cape Corner ha resultado un lugar espantoso, pero nada nos ha sucedido a nos-otros, por terrible que haya sido lo que sucedió a los demás. De modo que no hay otra posibilidad que volver allí, ponerse a resguardo del frío de la noche, vigilar y... esperar.

—Esperar... ¿qué? —quiso saber Adam, algo nervioso.

—El nuevo día. A la luz del sol, las cosas se ven a veces muy diferentes.

—¿Incluso rodeado de cadáveres?

—Incluso así, Adam. Creo que debemos proveernos de objetos contundentes, de armas, de lo que sea... Y dormir unos, mientras otros velan. Así, toda la noche. Sin dividirnos por pretexto alguno, sin separarnos unos de otros, ocurra lo que ocurra. Personalmente, creo que no hay otra salida posible, al menos por el momento.

—¡Esperad! —terció, bruscamente, Selena—Creo que tengo una solución para el caso.

Nos volvimos hacia ella. Era la única que, pese a todo, seguía manteniendo un cierto nivel de serenidad. No tenía otro remedio que admirarla.

—¿Una solución? —indagué—. ¿Cuál?

—Creo que a nadie se le ha ocurrido una idea elemental —dijo.

—¿Qué idea? —se impacientó Adam.

—Estamos en un pueblo de pescadores, ¿no es cierto?

—Parece obvio —señaló Howard, con cierto sarcasmo.

—Pues bien. Entonces, la nuestra no puede ser la única embarcación disponible en Cape Corner. Ha de haber, forzosamente, algunas otras. Las que usan los pescadores.

—¡Cierto! —Gritó Nancy, con repentino entusiasmo, poniéndose en pie entre las rocas y la arena donde nos habíamos acomodado, ateridos de frío—,

¡Selena ha dicho algo muy inteligente!

—Había pensado ya en ello, amigos —confesé, con un suspiro.

—¿Y bien...? —Howard me contempló, perplejo—. ¿Qué has resuelto, en tal caso?

Sonreí, meneando la cabeza tristemente.

—Podemos ir a verlo. El puerto pesquero está ahí mismo, al final de esta playa. Se puede llegar a él por el rompeolas. Pero mucho me temo que ninguna de esas embarcaciones esté capacitada para navegar.

—¿Quieres decir que...? —Adam no terminó su pregunta. Yo lo hice por él.

—Quiero decir que, casi con toda seguridad, la misma mano perversa que destrozó nuestra embarcación... se habrá cuidado de hacer algo parecido con esas embarcaciones de los pescadores.

Me dio la impresión de que todos ellos se quedaban sobrecogidos por esa posibilidad y en su fuero interno temían que mi temor se confirmase. Sin embargo, una secreta y humana esperanza alentaba, a la vez, en todos ellos. Quizá por eso, aventuró Howard con cierta timidez:

—Puede que sea así, Brett, pero ¿y si están intactos los barcos pesqueros? Sé cómo tripular uno de ellos. Y podría llevarnos a tierra...

—Está bien —asentí, cansadamente—. Ya os dije que podíamos ir allá, para probar fortuna. Pero, o mucho me equivoco, o el poder satánico que mora en este lugar, ha pensado en todo antes que nosotros... y ha tomado sus medidas para que no escapemos.

—Para que no escapemos... ¿a qué? —musitó María junto a mí, estremecida de miedo.

—No sé... Al pánico, al terror primero. Y luego... a la muerte. O a algo peor que la misma muerte...

Sólo María me escuchó. Me miró con gesto de angustia, apretando mis manos entre las suyas, frías y estremecidas.

—Brett... —la oí musitar—. Si supieras el miedo que siento..,

—María, a mí también me da miedo —le confesé—. Creo que no todo es tan simple como pensamos. Creo que está sucediendo algo espantoso. Y que nos está sucediendo a... a nosotros.

—¿Brett, a qué te refieres?

—No sé... No sé nada, y eso es lo que más me ate- ira. El no saber, el no ser capaz de adivinar... Pero es algo que no se relaciona con todo lo que conocemos. Que no está definido, que no hemos visto ni sospechado nunca, antes de ahora. Estoy seguro de eso. Es algo peor que destruirse o... o morir...

Sé que eran palabras delirantes, parecían incoherentes. María no me entendió, acaso pensó que empezaba a volverme loco. Lo cierto es que en aquellos momentos, todos habían optado por la solución de ir al puerto pesquero, en busca de cualquier clase de embarcación.

Y allá nos dirigimos, bordeando el litoral de Cape Corner. Fue un camino infernalmente frío e incómodo, a lo largo de casi un cuarto de milla.

Finalmente, llegamos al puerto. Allí, desgraciadamente, se confirmaron todos mis temores, ante el colectivo terror de mis amigos.

Todos, absolutamente todos los barcos pesqueros, aparecían dañados de tal modo, que utilizarnos para adentrarse en el mar, hubiera sido igual que suicidarse. Ninguno de ellos duraría ni un minuto a flote, con aquellas aberturas bajo sus líneas de flotación.

Les miré en silencio. Sobraban los comentarios.

—¡Dios nos asista...! —fue lo único que se le ocurrió decir a Adam Bentley.

Y se persignó, creo que por primera vez desde que yo le conocía.

* * *

El regreso había sido lo bastante triste como para que todos llegáramos al centro de la siniestra población anonadados, vencidos por el peso tremendo de lo que nos sucedía.

—Personalmente, elegiría como refugio la cantina —comentó Adam por el camino.

—¿Por qué, precisamente, la cantina? —preguntó sordamente Howard.

—Por una razón sencilla: tiene una sola puerta de acceso, según pudimos comprobar. Vigilando esa entrada mientras los demás tratan de descansar mejor o peor, existe la posibilidad de que nos defendamos de cualquier posible riesgo.

—Pero allí está el viejo Winters, ahorcado. Y el cadáver de la pobre señora Mantell... —dijo con inquietud Nancy Howland.

—Cierto. Llevaremos a la pobre señora Mantell a su estanco y la dejaremos allí —habló Adam, con energía—. Cerraremos la puerta que da a la vivienda del viejo Winters, y la cantina quedará aislada. La entrada al establecimiento tiene postigos. Los aseguraremos con cerrojo, y pondremos mesas y objetos detrás. Espero que, sea lo que sea lo que anda suelto esta noche por Cape Corner, no logre entrar allí en modo alguno...

—No me parece mala idea —acepté, con un suspiro—. Si alguien tiene otra mejor, que lo diga.

Nadie dijo nada, y eso decidió la cuestión. Poco más tarde, lo peor del asunto estaba ya hecho. Entre Adam y yo llevamos el pesado cadáver de la señora Mantell al estanco, dejándolo allí, tendido tras el mostrador. Volvimos con rapidez a la cantina, cuya puerta cerró Howard inmediatamente. Ya tenían preparados dos cerrojos y un pasador, y las mujeres apilaron allí varias mesas y bancos, asegurando mejor el acceso desde el exterior. El interior fue más difícil de resolver. La puerta de paso a la vivienda no tenía cerrojos, pero sí una cerradura sin llave. Nadie encontró ésta en parte alguna de la casa, aunque la búsqueda fue presurosa e incómoda, a causa de la presencia del rígido cuerpo de Winters, colgado del techo.

Por fin, Adam fabricó un cerrojo de madera, claveteó unos pasadores de

igual material sobre la puerta, y pasó el improvisado cerrojo, dejando así aislada la cantina de cualquier otro lado, exterior o interior.

—Ahora, podemos dormir con relativa calma —sus piró—. Son las once de la noche, amigos. ¿Alguien quiere comer o beber algo?

Aceptamos tomar un trago, pero nadie sintió el menor apetito. Luego, distribuimos las guardias en tres turnos. Yo haría el último, Howard el primero, y Adam el segundo. A cada uno nos tocaban tres horas de guardia, a partir de las once y media de la noche

Calculamos que, a las ocho y media, estaría clareando ya un nuevo día, y sería hora de salir al exterior, en busca de una solución desesperada para abandonar definitivamente Cape Corner bajo la luz del sol, más o menos nublado, como era de rigor en aquellas latitudes, a las alturas que estábamos de la temporada invernal.

Las mujeres se envolvieron en mantas y lonas, acostándose tras el mostrador de la cantina, que al menos, les inspiraba un cierto efecto protector contra cualquier peligro desconocido. Era pura ilusión, pero les tranquilizó, sobre todo sabiendo que, al otro lado del mostrador, dormían dos hombres, armados de cuchillos largos y afilados, y un tercero en pie, con una pesada barra de hierro en la mano, y otra arma blanca, una navaja en su cintura, esperando cualquier posible alarma.

Bebimos un último trago, luiríamos unos cigarrillos, y nos deseamos las buenas noches todos. Ellas trataban ya de dormir, aunque eran perceptibles sus vueltas, sus suspiros e inquietud, bajo las ropas que las cubrían.

Adam y yo nos acostamos en sendos bancos de madera, cubiertos por mantas. Howard se quedó junto a la puerta, la mirada brillante, la expresión tensa

Transcurrieron las horas de la noche. Afuera, el viento silbaba furioso a veces. En ocasiones, decrecía hasta casi disminuir y no ser audible. Muy lejano, el rugido del mar estrellándose en los acantilados, era una invariable sinfonía que, en circunstancias normales, hubiera invitado al sueño.

Ahora, sólo producía temor, inquietud, zozobra.

Aun así, logré conciliar el sueño. Tuve una horrible pesadilla, en la que veía emerger cadáveres del oleaje, caminando como seres de aquelarre hacia nosotros. Me desperté bañado en frío sudor, y me costó algo conciliar de nuevo el sueño, pero al menos advertí que todo seguía igual dentro de la cantina, y que Howard mantenía su guardia inmutable, en pie cerca de nosotros. Adam respiraba profundamente, también adormilado.

Logré esta vez dormir de un tirón, hasta que la voz de Adam me despertó:

—Es tu turno, Brett —me dijo, zarandeándome ligeramente—. Son las cinco y media...

Me puse en pie. Ahora, era Howard quien dormía. Adam bostezó, haciendo un gesto esperanzado.

—¿Sin novedad? —le pregunté, desperezándome.

—Ninguna —sonrió—. La noche, al menos, transcurrió bien, amigo mío.

Ya es algo, ¿no?

Evidentemente, era mucho. Pero la noche no había terminado, pensé, haciéndome cargo de la guardia que él dejaba. Adam se acostó bajo mis mantas calientes. Con la barra de hierro en la mano, comencé a dar paseos por la cantina. Asomé un momento por encima del mostrador. Las tres dormían, muy juntas entre sí. Formaban un grupo patético, en su propia sencillez.

Nunca tres horas en una noche se han hecho más largas y tediosas. Salvo el viento y el mar, en Cape Corner no parecía haber otra clase de ruidos, y casi me felicitaba por ello. La clase de vida que había conocido hasta entonces en el lugar, no era muy alentadora, ciertamente.

A las ocho y media en punto, bostecé, aliviado. Respiré con fuerza, y me aproximé a los postigos que encajaban la puerta. Miré al exterior por sus rendijas. Una lividez azulada era visible en el otro lado. Amanecía.

—¡Dios sea loado! —murmuré con fervor.

Quité la traviesa, aparté las mesas y abrí la puerta. Un soplo de aire frío y limpio renovó el viciado aire de la cerrada cantina. El cielo, nublado, tenía el color de un cuadro rico en grises y en azules tristones. Pero, después de todo, era de día. El pueblo parecía diferente. Incluso mejor.

No pude evitar una mirada a la acera opuesta, donde apareciera el coche de inválido con el cadáver del tullido. Me estremecí.

No había nada ni nadie.

—¡Cielos...! —susurré—. ¿Quién lo ha quitado de ahí?

Respiré a pleno pulmón, mientras me hacía la pregunta que no tenía tampoco respuesta. Luego, caminé hacia los demás, para despertarlos. Por fortuna para ellos, el cansancio y las emociones habían logrado vencer su tensión y nerviosismo. Todos dormían profundamente en aquellos momentos.

—¡Eh!... —llamé a Adam y a Howard—. Vamos, arriba, gandules. Ya es de día... Vamos, vamos, hay que salir cuanto antes de este maldito pueblo...

Ellos gruñeron, se rebulleron en sus improvisados lechos, con disgusto, pugnando por no despertar, poíno ser importunados. Yo insistí con dos amistosos puntapiés. Luego, de repente, me quedé quieto, rígido, sin poder creer lo que oía.

—Pero... ¿qué significa esto, señores? ¿Qué hacen ustedes aquí?

La voz venía a espaldas mías, de la puerta de la cantina. Era una voz de mujer.

Me volví en redondo, sintiendo que el cabello de mi nuca se erizaba.

La miré. Estaba en pie, en el umbral. Me miraba, entre sorprendida y risueña.

¡Era Gladys Martell, la estanquera muerta!

En ese mismo momento, desde el otro lado de la puerta atrancada, del interior de la vivienda, llegó el ruido de un forcejeo y de golpes, violentos en la madera asegurada. Un vozarrón ronco interpeló con ira:

—¡Eh, maldita sea, abran esto! ¿Quién diablos cerró la puerta de mi casa? ¡Abran de una maldita vez, que tengo que abrir mi cantina al público!

Sentí el frío de la muerte en mis venas repentinamente heladas, cuando comprendí que aquélla era la voz del viejo Winters, el hombre ahorcado en el corredor.

CAPITULO V

El alguacil de Cape Corner se llamaba Ryan O’Hara, y era un irlandés macizo, pelirrojo y poco imaginativo, que nos contemplaba ahora con estupor, como si no pudiera entender que lo que había escuchado fuese posible.

—Un momento —pidió, frotándose el mentón con aíre reflexivo—. ¿Están seguros de que no bebieron demasiado esta última noche?

—Muy seguros, alguacil —afirmó Howard, tajante—. Los seis hemos vivido las mismas experiencias. Nuestras historias respectivas han de coincidir forzosamente. No nos lo hemos inventado. Ni lo hemos soñado, si es eso lo que usted sugiere.

—Por favor, no pretenderán decirme que me han relatado unos hechos ciertos...

—Por completo ciertos —corroboré rotundamente, disimulando mi irritación—. No pretendemos engañarle. No hemos inventado nada. A nadie se le ocurriría inventar algo así, compréndalo.

—Yo lo comprendo muy bien, señor... señor York —dijo, tras consultar unos apuntes que tenía ante sí. Y me miró con cara de pocos amigos—. Pero también comprendo que ustedes son seis muchachos jóvenes y alegres, que vinieron a esta parte de Inglaterra a divertirse, a pasar unos días de vacaciones, y ante lo aburrido del lugar, han decidido alegrarse la vida a su modo, arreglando toda esa historia absurda y estúpida

—Un momento, alguacil, escuche usted lo que tengo que... —comenzó Adam. Pero se interrumpió, ante la réplica airada del hombre que representaba allí a la ley.

—¡Escuche usted, señor... Bentley! —Era evidente que se trataba de un funcionario minucioso, capaz de anotar y recordar todos nuestros apellidos—. Como comprenderá, no puedo admitir que estén hablándome en serio, y he sido con ustedes bastante paciente durante todo este tiempo, pero todo tiene un fin, y mi paciencia también. Yo respeto el modo alegre y desenfundado de nuestra juventud actual, pero no me gusta que su diversión sea a costa nuestra, tomándonos por cretinos e idiotas, capaces de hacerles el juego en su excentricidad. Ustedes han venido a mí, diciéndome que la señora Mantell y el señor Winters estaban muertos anoche, cuando todos ustedes han visto, perfectamente, que ambos gozan no sólo de la vida, sino de perfecta salud.

—Es... es algo incomprensible, alguacil —dijo María con énfasis—. No lo entendemos tampoco nosotros, pero usted debe creernos. Anoche llegamos aquí y nos encontramos con todo ese horror. No sé lo que pasó pero así sucedió. Todos lo vimos, y no era ninguna broma. Estamos aterrorizados, no entendemos nada de nada. ¡Pero ocurrió!

—¡Por Dios, señores...! —Sus brazos fueron muy elocuentes en este momento—. ¿Quieren, acaso, volverme loco... o lo están todos ustedes?

—Un momento, alguacil O'Hara —traté de serenar los ánimos en aquel

conflicto en que estaba desembocando nuestra visita a la oficina del alguacil en Cape Corner, aquella lluviosa y triste mañana en que todo lo que por la noche parecía tan real, se había desmoronado ante nuestros ojos como un simple azucarillo en agua—. Seamos prácticos y consecuentes. No insistiré sobre lo que aquí se ha hablado, porque soy el primero en comprender que podría parecer burla o locura. Sólo le ruego una cosa.

—¿Cuál, señor York? —me demandó con cajas destempladas.

—Visitar el Círculo de Pescadores. Y el patio posterior del edificio. Sólo eso... y luego la playa donde está nuestra embarcación, o el muelle donde están los pesqueros. Comprobará así dos cosas: que un hombre fue decapitado en ese patio, y la sangre lo empapó todo. Y segundo, que toda embarcación de Cape Corner está inutilizada para navegar, aislándonos forzosamente aquí, a cuantos aquí estamos ahora. ¿Serviría eso como evidencia de cuanto le decimos?

O'Hara me examinó críticamente, con aire desabrido. Su voz fue áspera cuando me replicó:

—¿Reconocerán que todo fue una pesadilla, un producto del alcohol o una estupidez de ustedes, si compruebo eso que me dicen? —interpeló.

—Sí —me vi obligado a decir—. Lo haremos así, señor. Tiene mi palabra.

—Muy bien. Vamos allá —se puso en pie, y tomó su gorra de servicio—. En marcha, señores. Y no quiero ninguna broma de mal gusto. En Cape Corner nunca hubo bromistas de su estilo. La forma de reaccionar de esas tres señoritas, ante la presencia del viejo Winters y de la señora Mantell, ha causado general indignación en este pueblo. Y creo que con toda razón. A nadie le gusta la broma de que le llamen difunto, resucitado ni cosa parecida. Y menos, entre esta gente, sencilla y honesta como pocos.

El alguacil abría la marcha por las callejas empinadas del pueblo. Ahora, sí. Ahora veíamos gente, cruzándose con nosotros, mirándonos con hostilidad o reproche. Eran gente del litoral, de tez curtida y gesto huraño. Viéndoles ahora, bajo la claridad de un nublado sol mañanero, yo mismo me pregunté si no tendría razón el alguacil pelirrojo, si no estaríamos todos rematadamente locos.

Pero mis recuerdos eran demasiado vivos, demasiado cercanos y terribles para que fuesen sólo producto de una alucinación o de un ataque demencial. Además, yo podía estar loco, pero ¿y los demás? ¿Podíamos estar dementes los seis?

—Ahí —señalé el viejo caserón de piedra del Círculo de Pescadores—. No sólo todos los clientes estaban muertos anoche en sus asientos, sino que alguien decapitó a un hombre alto, flaco y curtido, de cabellos negros y largas patillas blancas, en el patio posterior.

—Esas son las señas personales de Ian Clemens, el conserje y cuidador del Círculo —dijo O’Hara, mirándome ceñudo—. No puedo creer una palabra. ¿Quién querría hacer daño a ese buen amigo?

—No lo sé. Pero hay algo maligno en este lugar. Algo que es más fuerte y

extraño de cuanto imaginé. —dije entre dientes, malhumorado.

O'Hara no dijo nada, limitándose a contemplarme con hostilidad. Poco después, entrábamos en el Círculo de Pescadores. Muchos curiosos asomaban a la escalera, desde las abiertas vidrieras del casino. Pude reconocer muchos rostros curtidos, con pipas de espuma o de madera chamuscada en sus labios.

Muertos. La noche antes, ellos estaban muertos...

No se lo dije a O'Hara. Ninguno se lo dijimos, pero nuestros rostros reflejaron un horror sin límites. Les contemplamos, tratando de ver en sus rostros una expresión maligna, de perversidad, de diabólica burla. Nada de eso asomaba a sus caras pintorescas. Parecían realmente furiosos con nuestra supuesta burla.

—¡Dios nos asista! —Dije en voz baja a Howard—. No entiendo nada de nada...

—Brett, creo que empiezo a volverme realmente loco —me confesó él amargamente.

Abrimos la puerta pequeña, la de] fondo. Caminamos por aquel mismo corredor en sombras que Howard y yo recorriéramos la noche antes, luchando contra las tinieblas. Ahora, una claridad procedente del fondo, daba una penumbra tenue al pasillo.

Llegamos al patio rodeado de altas cercas de piedra. Clavé la mirada en el suelo de tierra.

No había nada.

Ni rastro de sangre humana. Como sí nadie hubiera sido, jamás, decapitado allí.

De alguna parte del patio, mientras O’Hara nos contemplaba sarcástico, llegó una voz curiosa, preguntando algo:

—¿Qué sucede ahí? ¿Necesita mi ayuda, alguacil?

El se volvió. Nosotros también. Howard lanzó un gemido y se tambaleó, apoyándose en la pared.

Yo resistí mejor, quizá porque ya me esperaba algo así.

El hombre alto, flaco, curtido, de pelo negro y largas patillas blancas, se dirigía sonriente hacia nosotros, al tiempo que hacía su pregunta.

Era el hombre decapitado. Pero ahora, sobre su alto cuello azul, de lana, la cabeza aparecía perfectamente unida a su cuello y sus hombros.

* * *

—Bien, señores... ¿Y qué me dicen ahora? —la voz fría, incisiva, fue como un mazazo para todos nosotros. Sus ojos centelleaban, futre iracundos y disgustados.

Permanecimos en silencio, hacinados ante él, despavoridos por los últimos impactos sobre nuestra razón y nuestro cerebro.

No era ya solamente la presencia del tal Ian Clemens, conserje y cuidador del Círculo de Pescadores, lleno de vida y de energía, con su cabeza muy

firme sobre los hombros y con ausencia total de sangre en el suelo del patio.

Era que acabábamos de recibir un doble mazazo emocional muy difícil de digerir.

Tanto nuestra embarcación de plástico como las de los pescadores, alineadas en el puerto... estaban intactas.

Cualquiera de ellas hubiera podido hacerse a la mar en ese momento, a no ser por la concreta razón que, para oponerse a ello, dio en esos momentos el propio O'Hara:

—Como ven, pueden hacerse a la mar cuando gusten... aunque no ahora, claro está. Hay un fuerte temporal y una peligrosa resaca. Los pescadores no han salido hoy. De modo que tampoco ustedes pueden hacerlo, o se hundirían irremisiblemente, con ese cascarón de nuez que les trajo aquí.

—Pero tenemos... tenemos que irnos de aquí —balbuceó en ese momento, Selena—. Compréndalo, alguacil... Estamos... estamos aterrorizados...

—¿Aterrorizados? —se volvió a ella, airado—. ¿Por qué? ¿Es que pretenden insistir en esa ridícula y fantástica historia de los muertos que vuelven a la vida?

—Alguacil, por favor, ¿usted recuerda bien lo que hizo anoche? —pregunto María bruscamente, encarándose con él sin ningún temor.

—Señorita, mi rutina diaria rara vez cambia —sus piró O'Hara, mirándola con cierto respeto—. Estuve en mi oficina, luego cerré, fui a casa, cené, leí un poco y me acosté, sin que nadie me molestara, y sin que escuchara nada en absoluto que me hiciese pensar en... en un suceso anormal dentro de Cape Corner, ¿Responde eso a sus preguntas?

—¿No hace rondas nocturnas por las calles, de vez en cuando? —indagué yo.

—Sólo cuando es absolutamente imprescindible —me replicó, seco—. Habitualmente, aquí no hace falta vigilar por las noches. Este pueblo es una balsa de aceite. Jamás sucede nada de particular.

Me quedé callado. Si eso era así, o todos estábamos chiflados... o el alguacil era quien no conocía la verdad. Pero sus palabras eran convincentes. Y, ademán, había un argumento de peso: un decapitado no puede resucitar, con su cabeza intacta sobre los hombros. No hay nada que pueda explicar algo así.

—Me temo que hemos fracasado —dije lentamente—. No pudimos probarle nada de cuanto dijimos, alguacil. No existe ni la menor evidencia de ello. Lo que por la noche era de una forma, de repente, con la llegada del día, se ha cambiado totalmente.

—No, señor York —rechazó él—. No es eso. Es que lo que ustedes refirieron, jamás sucedió realmente... Dígame, ¿son ustedes drogadictos, toman algo que pueda producir alucinaciones?

—¿Por quién nos ha tomado? —Se irritó Adam—. Somos jóvenes, alguacil, pero no estamos drogados. Lo cierto es que todos estábamos bien despiertos anoche, cuando sucedió todo aquello... Y yo insisto, pese a todo:

SUCEDIO.

—Bien... —la ira en el tono del irlandés era evidente—. Han rebasado ustedes el tope de mi paciencia, jóvenes forasteros. Cape Corner verá gustoso su marcha lo antes posible. Pero insisto: no puedo autorizar que eso sea, ahora. Deberán volver al pueblo conmigo, y admitir que imaginaron cosas, o reafirmarse en lo que dijeron. Firmarán esa declaración, y les levantaré un expediente. Tendrán que permanecer aquí hasta que se calme el mar, pero eso no les eximirá de sus responsabilidades legales por haber provocado este conflicto en un lugar tranquilo, donde nunca se viven experiencias tan desagradables.

—No me importa ir a la cárcel, si es preciso —dijo Howard, rotundo—. Lo que no me gusta es quedarme un día más en este horrible lugar, señor O'Hara.

—No pueden elegir. Si usted, como me ha dicho, es buen conocedor de la mar, verá que no es humanamente posible alcanzar la costa con este temporal...

—Es cierto —confesó amargamente mi amigo, bajando la cabeza—. Iríamos al fondo del mar inexorablemente... Pero ¿dónde podemos alojarnos hasta que se serene el mar?

—Dispondré eso en el pueblo —dijo O'Hara—. ¿Vienen conmigo? Al lado de la cantina de Winters hay un edificio vacío, con varias habitaciones. Pertenece a una familia del pueblo. Nadie les molestará, allí. Podrán alojarse hasta que puedan marchar sin peligro. Creo que eso les resultará más confortable que la cárcel local. Entre otras cosas, porque sólo tiene una celda... y ustedes son seis, de ambos sexos, por añadidura. De otro modo, no duden que les haría dormir allí; por esta noche cuando menos.

—Sí, imagino que sí —suspiré. Miré a mis compañeros—. ¿Podemos quedarnos por aquí, ahora, alguacil? Necesitamos hablar, cambiar impresiones, serenarnos un poco...

—Háganlo. Pero a primera hora de la tarde, quiero verles en mi oficina para tomarles declaración. Para entonces, ya tendrán a punto su alojamiento —miró al cielo, de un gris cada vez más oscuro, y sentenció—: Aquí anochece pronto en esta época del año... Y más, cuando el día es como el de hoy...

Se alejó de nosotros, camino del pueblo. Contemplé su sólida figura, perdiéndose en la distancia, por entre los edificios del puerto pesquero, buscando las callejuelas empinadas que conducían al centro del villorrio entre los peñascos del promontorio.

Nos quedamos solos los seis, bajo el ceñudo cielo color plomo y pizarra. En el puerto, el oleaje rugía furiosamente, y la espuma nos salpicaba casi con violencia.

—Creo que es mejor reflexionar un poco; cambiar impresiones —dije, roncamente—. Todo es infinitamente más extraño y fantástico de lo que anoche pensamos que pudiera ser...

—Pero ¿estás aún realmente seguro de que lo de anoche... sucedió? —era

la voz de Nancy la que expresaba aquella angustiosa duda.

—Sí, Nancy —dije, con energía—. Estoy seguro. No sé lo que está pasando, no entiendo nada de esto, pero algo se confirma en mi mente: es un hecho diabólico, algo que está más allá de nuestra propia razón... Eso es lo que está sucediendo en Cape Corner, sea ello lo que sea.

—Pero, Brett, hay unos cadáveres... que ya no existen —gimió ella—. Ni siquiera ese hombre decapitado. Ni la mujer de Correos, ni el viajo inválido... Nos lo han probado sin lugar a dudas. Todos viven, gozan de salud. Y nadie parece mentir.

—Lo sé —me froté las sienes, exasperado—. En algún lugar, está la explicación que podría poner en claro tantos absurdos, pero... no sé dónde pueda ser.

—Los muertos no resucitan, Brett —me dijo Adam, sombrío—. No es aún el día del Juicio, que yo sepa...

—Y si al menos fuesen vampiros... —sentenció Howard, ceñudo, no sé si con cierto sentido del humor o porque se le había ocurrido esa idea—, Pero ni siquiera eso. Esto es al revés, precisamente. Muertos de noche, vivos por el día... Ni Drácula encaja en eso, Brett.

—Drácula y los vampiros... —murmuré, con disgusto—. Por favor, seamos serios, Howard. Yo... ¡Eh, un momento, espera!

Me había detenido bruscamente. Miraba a Howard Mulligan como si hubiera de repente descubierto algo distinto y sorprendente en sus palabras. El, a su vez, me contempló a mí con aire absorto, sin entender muy bien mi reacción.

—¿Sí? —refunfuñó.

—Has dicho algo... sobre vampiros, ¿no? —insistí.

—¡Claro! —Masculló—, Pero es obvio que no encaja. Ni siquiera eso, Brett. Ya has visto por qué...

—Sí, pero... es al menos un camino, una posibilidad invertida.

—¿Invertida? —refunfuñó ahora Adam, perplejo—. ¿A qué le refieres, Brett? No estamos para bromas sobre vampiros y todo eso...

—¿Y si no fuera una broma? —Sugerí, con extraña entonación de voz, mientras mi mente trabajaba con rapidez—. Podría ser que...

Me interrumpí. De repente, a espaldas nuestras, una sombra se había proyectado sobre el suelo del puerto pesquero. Una larga, tétrica sombra ..

Nos volvimos sobresaltados, temiendo lo peor.

Ciertamente, la aparición que surgía ante nosotros era inquietante. Y más aún lo fue su voz, su gesto, señalando hacia el mar gris y turbulento con una mano larga, huesuda, casi fantasmal, al tiempo que una voz profunda y temblorosa murmuraba lentamente:

—De allí llegaron... De la tormenta, del mar y de lo desconocido... Era un día como hoy cuando ellos llegaron... Ellos, los muertos... Y el único ser vivo que iba con ellos... Surgieron de la niebla y del mar, como si, de pronto, se hubieran materializado ante Cabo Corner... llegados del mismo infierno...

CAPITULO VI

Era, ciertamente, un hombre extraño.

El más extraño de los habitantes de Cape Corner que hasta entonces viéramos.

Flaco, huesudo, desgarbado, con ropas de marino, larga melena gris blancuzca, flotando al aire, la oscura y vieja pipa apretada entre los amarillos dientes, los ojos muy claros y difusos perdidos en la distancia, en el gris lúgubre del mar embravecido, como buscando algo que no existía. O como evocando algo que existió una vez y seguía indeleblemente grabado en su mente.

Nos miramos todos, perplejos, desorientados. Me aproximé a él, estudiando su rostro anguloso, curtido, triste y como ausente de este mundo. Al menos, del mundo que nos rodeaba en aquel lugar sombrío e inquietante.

—¿Quién es usted? —pregunté.

Desvió sus ojos de las aguas, del horizonte gris, de las gaviotas que chillaban, allá en torno al faro y al rompeolas, volando muy bajo sobre el tumultuoso oleaje.

Me contempló como quien no ve nada ni nada le importa ya demasiado. Creí que ni siquiera iba a contestarme. Pero lo hizo, con un aire lúgubre y cansado:

—Gordon Jerks —dijo, con lentitud —. Gordon Jerks, viejo marino, pescador, amante del mar... temeroso de Dios. Y del Diablo...

Vagó unos pasos por el puerto solitario, sin importarle el mal tiempo ni el viento helado y húmedo, que agitaba su pesado tabardo azul oscuro. Era como un fantasma deambulando por un mundo que ya no era el suyo ni con el que se sintiera identificado realmente.

—Gordon Jerks... —murmuré yo, repitiendo su nombre, mientras él asentía, su pelo liviano y grisáceo al aire, como hilachas viejas y polvorientas —. ¿Qué hablaba usted de unos muertos que surgieron del mar?

Me miró de un modo vago y distante, como si le costara esfuerzo oírme y sólo sintiera en sus oídos el rumor agrio del oleaje. Pero me había escuchado perfectamente. Dio unos pasos hacia la orilla. Y le oí musitar:

—Ellos... aparecieron en la niebla... La lancha se movía lentamente, las olas la agitaban con fuerza. Pero llegaron... Llegaron a tierra firme. Todos muertos. Todos tendidos en el fondo de la embarcación... Y el único hombre vivo. Erguido en la chalupa, moviendo aquel pesado remo lenta, implacablemente... Era el único, sí. Aún vivía. No podré olvidar nunca su mirada. Era como la mirada del que ha estado ya en los infiernos y regresa de ellos, para mal de los hombres...

—Habla de algo que ocurrió alguna vez —comentó Adam, escéptico—. Tal vez un naufragio. Quizá amigos suyos, pescadores o marineros de Cape Corner...

Adam se equivocó, si pensaba que él no le escuchaba, que estaba lejos de allí en alma, en pensamiento y en oídos. Al menos en esto último, estaba cerca, muy cerca de nosotros...

—No, no eran pescadores ni marineros —dijo, como en respuesta a las palabras de mi amigo—. No eran amigos míos... Ellos nunca antes habían estado aquí. Nunca nadie los vio con vida... Eran hombres muertos, llegados de alta mar... Supervivientes de un barco hundido... Murieron en la barca. Es ! o que él dijo. Porque él sí sobrevivió. El sí llegó aquí con vida...

—Un naufragio —hizo notar Howard, tan intrigado como todos nosotras. Se aproximó al viejo marino de palabras confusas, lentas y desordenadas—. ¿Qué naufragio? ¿Cuándo sucedió eso?

—El barco jamás llegó a puerto... —siguió con su retahíla, la mirada perdida otra vez más allá del vuelo de las gaviotas, más allá del oleaje furioso, acaso buscando en la bruma distante del torvo día una explicación, un punto de origen para sus ideas y sus recuerdos. Para aquella canoa de náufragos que parecía obsesionarle—. Jamás lo vimos... El dijo que se había hundido en los abismos del mar. Que chocó con los arrecifes y se fue al fondo, en la noche tempestuosa...

Y le creímos. Teníamos que creerle, porque la canoa salvavidas pertenecía a aquel barco. Llevaba su nombre en la borda... El Albatros...

—¿Albatros? —repitió Howard, con un repentino aire de sorpresa. Miró al pescador con aire de duda, y sacudió la cabeza negativamente.

—¿Qué pasa, Howard? —Quise saber—. ¿Qué sabes del Albatros?

—Nada. Como nadie lo supo nunca... —Howard arrugó el ceño, recordando. Su afición por las cosas del mar se ponía, ahora, de manifiesto—. Era un buque de carga cié Southampton. Lo recuerdo bien. A veces, era sólo de cabotaje, o bien hacía viajes mixtos, con algún pasaje a bordo... Desapareció sin que nadie pudiera dar con él. No se supo que enviara mensajes de socorro, ni que fuese visto por embarcación alguna. Sencillamente... desapareció en el mar. Se supuso que la tormenta lo había echado a pique. Jamás se supo de superviviente ni de náufrago alguno. No se halló rastro de él ni de nada que se relacionara con él... Este hombre no debe decir la verdad. Tal vez delira o divaga, no sé. Pero un hecho así, se hubiera notificado a tierra, se hubiese informado a las autoridades navales, y ellas hubiesen publicado la noticia. No tiene sentido, Brett. Vamos ya. No escuchemos más a este pobre loco...

Echó a andar, resueltamente, dando por terminado el incidente. Entonces fue cuando nuestro desconocido interlocutor, el marino de Cape Corner, se volvió a nosotros, con los ojos llameantes, con una extraña expresión en su rostro, y habló en voz alta, con tono ex-citado y áspero:

—No, no es cierto. Gordon Jerks nunca estuvo loco ni imaginó cosas... Dije verdad... La verdad de aquella noche... Era el Albatros, porque a él pertenecía aquella chalupa. Y ellos eran hombres del Albatros, viajeros o marinos. Todos reposan ahora en el viejo cementerio de Cape Corner... Los

siete fueron enterrados aquí, en tierra sagrada, aunque hubo quien dijo que sus almas quizá estuvieran en poder de Satán... El hombre solitario les hizo sepultar. Y él mora allí, en el caserón junto al mismo cementerio, el que nadie nunca quiso habitar... El aún está allí. El señor de Blackburn, como se hace llamar... El vive, si, y puede repetirles todo lo que yo les conté, punto por punto... El es la prueba viviente de cuanto digo... si es que ese hombre, realmente, sigue vivo... y no es un alma en pena, condenada a vagar eternamente por tierra y mar, tras haber asesinado en aquella chalupa a los siete hombres que ahora reposan aquí, en Cape Corner, bajo una lápida sin cruces ni menciones al Señor...

Nos quedamos mirando, perplejos, desorientados. Gordon Jerks, tras decir todo eso, echó a andar, se alejó de nosotros, como despreciando nuestro escepticismo, y aún le oí decir cuando ya estaba lejos:

—Gordon Jerks nunca miente... Gordon Jerks recuerda... Gordon Jerks sabe... Sabe que, desde esa terrible noche, Satán llegó a Cape Corner Y el Mal se hizo píeseme para todos nosotros...

Se alejó por el puerto. Los chillidos agrios de las gaviotas terminaron por apagar su voz. Nos miramos lodos, desorientados, confusos. Sacudí la cabeza con desaliento, y miré a Howard. Las mujeres contemplaban al viejo marino con igual aire supersticioso que si hubieran visto, a un fantasma, vagar por entre los barcos pesqueros.

—¿Cuándo sucedió eso, Howard? —quise saber.

—No lo recuerdo exactamente. Puede que un año, o cosa así... —arrugó el ceño mi amigo, esforzando su memoria—. Se dijeron algunas cosas raras sobre el Albatros, ahora que lo recuerdo...

—¿Raras? —insistí.

—Sí. Cosas peregrinas, como se dicen siempre en estos casos. Ya sabes, las eternas supersticiones marineras...

—¿Qué cosas, exactamente? —quise saber, profundamente pensativo.

—Bueno, cosas como algunas de las que ha mencionado ese pobre hombre... Alusiones a un viaje maldito, a un barco embrujado, a la existencia de poderes diabólicos a bordo, y cosas por el estilo...

—¡Bah, olvidad esas tonterías! —Era Nancy quien, sorprendentemente, se mostraba tan incrédula, y nos animaba a apartar de la mente las supersticiones propias de la mar y su gente—. Lo que tenemos que hacer es saber si, realmente, anoche hemos vivido un horror incomprensible... o todo formó parte de una espantosa pesadilla sin sentido.

—Nancy, ¿crees, de veras, que soñamos o sufrimos alucinaciones? —la interpelé.

—Dios mío, Brett, no sé qué pensar... —gimió, volviendo el rostro.

—Creo que todos dudamos ya un poco, incluso de aquello que estamos viendo o tocando —se quejó Selena, saliendo de su mutismo—. Nancy tiene razón. ¿Vivido o soñado? No podemos estar seguros de nada; eso es lo malo...

—Muy cierto —asentí—. Pienso lo mismo que todos vosotros. Esa gente,

que anoche no vivía, realmente, que eran cadáveres... y ahora no sólo están vivos, sino que semienten furiosos e irritados contra nosotros, por haber imaginado cosas que no eran, según su versión de los hechos.

—Brett, hay cosas que no pueden ser reales —añadió Adam, pensativo—. Vimos las embarcaciones destrozadas o averiadas. Ya ves que no ha sido así. Están intactas. Pueden ser utilizadas... Tal vez miramos nial las cosas, o estábamos asustamos... o sufríamos una especie de sugestión maléfica...

—Sugestión... —repetí lentamente—. Me cuesta creer eso. Al menos, me cuesta mucho, cuando recuerdo el cuerpo de Clemens decapitado, la sangre en el suelo. . Cuando recuerdo el cuello roto del viejo Winters, la expresión de los pescadores muertos en el Círculo... Cada vez estoy más seguro de que todo aquello sucedió realmente...

—Brett, es enloquecedor darle vueltas a eso —suspiró Howard—. Lo cierto es que no hemos podido probarle nada al alguacil O'Hara, y que nos va a levantar un expediente judicial por inventar una supuesta historia de terror que signifique una burla hacia esa gente...

—Y, por otro lado, tendremos que pasar otra noche aquí —le recordé secamente, echando a andar hacia el pueblo—. Ese temporal tiene trazas de durar más de un día... Yo me pregunto si pueden esperamos en este sitio más problemas y más angustias...

—¿Adónde vamos ahora? —Quiso saber Adam—. ¿A declarar ante ese estúpido irlandés?

—No —dije, fríamente—. Quiero visitar cierto lugar de Cape Corner por el que, de repente, he sentido un gran interés.

—¿Cuál? —se sorprendió Howard.

—El cementerio —fue mi respuesta.

* * *

El cementerio de Cape Corner. El viejo cementerio, como la llamaban los del lugar, aunque no existía uno nuevo, sino simplemente en proyecto.

Era aquel en que ahora nos encontrábamos. Muros derruidos o agrietados, de piedra oscura, matorrales creciendo acá y allá entre las tumbas descuidadas. Algunas lápidas, algunas piedras blancas o grises, cubiertas casi todas ellas por el musgo y el polvo, por la humedad y el abandono.

Apenas si se veían senderos bajo los pies. Sólo hierbajos, piedras y desperdicios o papeles arrastrados por el viento marino. Habíamos entrado solamente Howard, Selena, María y yo. Adam y Nancy prefirieron quedarse afuera, esperando. Ninguno de los dos era partidario de visitar cementerios. Y menos el de aquella población.

—¿Qué buscas, exactamente? —curioseó María, aferrada a mi mano.

—Una tumba —dije—. Una lápida.

—¿La que mencionó el viejo Jerks en el muelle? —se interesó Howard, escéptico.

—Eso es.
—¿Por qué, Brett?
—No lo sé, Howard. Es algo que me atrae instintivamente. Sentí esa atracción apenas habló Jerks de ella. Es... es como un nuevo enigma, un misterio que me seduce y me intriga... Siete marineros muertos, en una chalupa del Albatros... Un único superviviente con ellos. Llegaron de alta mar, de entre la niebla. Se les sepultó aquí. Y Jerks dijo algo sobre la ausencia de cruces. Y del nombre de Dios...
—Tal vez eran ateos, o extranjeros de otra religión —apuntó Selena, pensativa—. Ocurre a veces. Hay marinos de muchas nacionalidades, razas y credos.
—Sí, lo sé. Eso podría ser una explicación, pero...
—Pero ¿qué? —indagó Howard, mirándome reflexivo.
—No sé... —me encogí de hombros—. Es... es como una idea fija en mi mente. Prefiero ver todo eso por mis propios ojos. Tal vez, después de todo, el viejo Jerks mintió. O hablaba de simples imaginaciones suyas. Pero no pude por menos de recordar que también nosotros hemos sido tachados de visionarios y farsantes medio locos. Nos gustaría que nos creyesen, ¿no es cierto? Pues bien: tenemos que creer nosotros también a los demás, en tanto no sea absolutamente imposible hacerlo.
—Tienes razón —aceptó gravemente, Howard—. Pero falta que encontremos esa tumba, entre tantos abrojos, matorrales y suciedad como hay aquí...
La encontramos.
El desolado, triste y descuidado cementerio, no era muy amplio ni muy complicado de recorrer. Por un lado tenía su puerta de viejo hierro oxidado, asomada a un sendero polvoriento que procedía del pueblo. Por el otro, un altísimo muro de una edificación vecina, de piedra oscura también, protegía aquel rincón destinado a los muertos, de los más crudos vientos procedentes del mar.
Recordé vagamente algo que dijo Gordon Jerks en el puerto:
«Se hace llamar el señor de Blackburn... y vive en el caserón, junto al cementerio... Fue el único superviviente que llegó de la tormenta y de la niebla, con los siete cadáveres...»
Aparté de mi mente esas palabras y esa idea. Habría tiempo de averiguar eso también, aunque quizá no tenía el menor sentido todo lo que estábamos haciendo ahora en aquel lugar.
Fue María quien nos llamó la atención, de repente.
—¡Mirad! —exclamó—. ¿No es ésa?
Lo era. La tumba que buscábamos.
Sobresalía con dificultad por entre altos matorrales parduscos, en un rincón apacible y sombrío del cementerio. Howard se inclinó y apartó los matojos, arrancando algunos de ellos para ver mejor lo que allí estaba escrito, sobre la piedra grisácea.

Me agaché, clavando mis ojos en ésta. No había nombres. Ni uno solo. Unicamente un texto grabado en la piedra, con sencillez:

«AQUI YACEN LOS NAUFRAGOS DEL BUQUE ALBATROS,
LLEGADOS SIN VIDA AL PUERTO DE CAPE CORNER EN LA NOCHE
DEL 11 DE NOVIEMBRE DE 197...
LA PAZ SEA CON ELLOS.»

Sólo eso. Tuvo razón Jerks. Ni una cruz. Ni una mención al Señor. Pero lo más curioso de todo, lo descubrí al aproximar mis ojos a la piedra y ver más detalladamente lo que había sucedido debajo de ella.

Algo había sido borrado de la piedra, rascando ésta con tuerza, y desprendiendo fragmentos de su superficie. El desconchado era muy visible bajo el epitafio.

—Pusieron algo más —dije—. ¿Qué pudo ser? Luego lo borraron...

Howard no se preocupaba ahora de eso. Estaba mirando muy fijamente otro detalle de aquella lápida, y me lo expuso con gesto intrigado, al erguirse ahora.

—Brett, ¿te has fijado en... en la fecha? —murmuró.

La leí de nuevo. Comprendí entonces. Asentí, arrugando el ceño.

—Hace justamente un año —dije—. Tal noche como ayer... llegaron a este puerto, según la inscripción...

—Un aniversario, Brett. Sabía que hacía un tiempo así, pero no tan exacto... ¿No es rara la coincidencia?

—¿Qué coincidencia? —me interesé, mirándole.

—Todo. Anoche, los sucesos que vivimos o creímos vivir... y esto. ¿Puede tener alguna relación?

—Quizá —me encogí de hombros—. Pero ¿cuál?

—No me gusta esto, Brett. Ya te dije que se rumoreaban cosas sobre ese barco y su última singladura... De acuerdo que todo son supersticiones de marinos, tal vez. Pero no puedo menos de recordar ese hecho, relacionarlo con la presencia de esos difuntos en Cape Corner, hace un año... Jerks dijo algo sobre... sobre el hecho de que parecieron surgir de la nada, materializarse de repente...

—Howard, sé que te gustan los temas del mar, pero pareces demasiado influenciado por la leyenda del Holandés Errante —no sé dónde, pero encontré ánimos incluso para sonreír al hablar así—. Y yo no creo en fantasmas. Ni siquiera después de lo de anoche...

—Tal vez me deje llevar por la imaginación, Brett, pero algo sucede aquí, sea ello lo que sea... Y algo sucedió a bordo del Albatros aquella noche en que naufragó...

—Jerks dijo algo más... —recordé yo lentamente, la mirada fija en la piedra, no sé por qué detalle atraído aún—. Dijo... dijo que el único superviviente había asesinado a los siete hombres... Que cuando él llegó

aquí... el Mal se hizo presente en Cape Corner, ¿recordáis?

—Sí —se estremeció María—. Eso dijo, lo recuerdo muy bien. Pero quizá son sólo eso, supersticiones de marinero...

—Tal vez —admití, distraído. De repente, me incliné de nuevo sobre la tumba salpicada de matojos, me aproximé a la piedra gris, buscando algo en ella. Algo que, de repente, había venido a mi mente con entera lucidez.

El cielo se había vuelto tan oscuro, tan negro sobre nuestras cabezas, que ya parecía casi noche cerrada, pese a la hora del mediodía en que nos hallábamos. Eso dificultaba la visión en el lúgubre y desolado cementerio.

Pero aun así, bajo aquel celaje plomizo, precursor de más violento temporal, mientras oíamos en la distancia el sordo tamborileo de lejanos truenos, logré ver lo que buscaba, lo que me había intrigado últimamente en aquella inscripción funeraria.

—Ya sé lo que falta —murmuré—. Sé lo que han borrado de esa piedra, una vez grabado en ella...

—¿Qué es? —demandó Howard, sorprendido.

—La cruz —dije roncamente.

Todos nos miramos con una repentina expresión de horror. Simultáneamente, nos habíamos dado cuenta de algo que empezaba a resultar inquietante, casi sobrecogedor. Algo que, tal vez, ni siquiera era de este mundo...

Faltaba la cruz en la lápida. Borrada casi rabiosamente, por alguien...

—¿Por qué? —murmuré—. ¿Por qué?

María evocó algo, de repente. La oí musitar junte a mí;

—Brett, ¿recuerdas? Estabas hablando de algo así cuando... cuando apareció ese viejo marino en el puerto. Hablabas de... de vampiros...

—Vampiros... —repetí, estremeciéndome.

—Pero vampiros invertidos —rectificó Howard, ceñudo—. Muertos de noche, vivos de día... No tiene sentido, María.

—¿Y eso? —Señaló ella la lápida—. ¿Tiene sentido? ¿Quién siente horror, en este pueblo, al signo de Dios?

—Ni cruces ni el nombre de Dios... —musité—. Fueron palabras de Jerks. Creo que hay que averiguar algo más sobre esos siete hombres muertos... y sobre el único superviviente del Albatros, el que les trajo a tierra... Pero antes de marcharnos de aquí, quisiera hacer algo por el alma de esos siete sepultados en esta fosa...

Me miraron sin entender. Yo hundí la mano bajo mi camisa. Tiré con fuerza de la cadena que rodeaba mi cuello, que se quebró. Extraje cadena y cruz en mi mano. Sin pronunciar palabra, me incliné.

Y deposité la pequeña cruz de plata sobre la tierra salpicada de matorrales silvestres, justo junto a la lápida.

En ese momento, el cielo negro pareció desgajarse, romperse en dos, partido por un fulgor que nos cegó. Hubo un estampido demoledor, que hizo estremecer la tierra. Nos sacudió a nosotros violentamente, y nos miramos,

horrorizados, en medio del lívido resplandor del rayo.

Y la chispa eléctrica, lanzándonos lejos de allí, con violencia, en medio del ensordecedor estampido, se estrelló en la lápida de piedra, acaso en la propia cruz de plata desprendida de mi pecho...

CAPITULO VII

Fragmentos de piedra gris. Tierra removida. Humo acre. Confusión.

Era lo que persistía en torno nuestro. Miré, dominando mi aturdimiento, recuperándome dificultosamente del tremendo shock recibido al producirse el estallido del rayo, justo al lado nuestro.

También Howard, Selena y María yacían cerca de mí, pugnando por rehacerse, por salir de aquel súbito y dramático marasmo en que estábamos todos sumidos.

—Brett... —oí musitar a María, con voz apagada.

—María, querida... —la ayudé a incorporarse, y arribos nos apoyamos en el viejo tronco de un árbol, que crecía allí, entre varias tumbas. Howard, a su vez, estaba ayudando a Selena a rehacerse, mientras miraba, con perplejidad en torno suyo, acaso tratando de entender lo que realmente sucedía—. ¿Te encuentras bien?

—Sí... —musitó ella—. Pero... ¿qué ha ocurrido, qué significa eso?...

—Tal vez no signifique nada —dije, mirando el torvo cielo negro—. Una chispa eléctrica. Sólo eso... O puede significar mucho, no sé.

—Fue... fue como si algo, un poder sobrenatural, se desplomase sobre nosotros en ese instante, Brett... —era Selena la que hablaba, rehaciéndose rápidamente de su aturdimiento—. Justo cuando pusiste ahí la cruz...

—Como los vampiros, sí —sentenció, pensativo, la mirada fija en la lápida rota, hecha añicos sobre el montón de tierra removida por la formidable explosión del fenómeno eléctrico—. Pero los vampiros reviven de noche, no de día... Eso es lo que no coincide en modo alguno con la supuesta leyenda de Drácula y de seres como él... si es que alguna vez existieron, real mente, fuera de los libros y de las supersticiones humanas.

—Mira, Brett —dijo Howard con tono jadeante—. Tu cruz...

Mi cruz. Apenas si era reconocible. Sólo un metal retorcido, negruzco, informe, allá sobre la tierra removida, agrietada. Me acerqué para tomar aquella pieza que, poco antes fuera mi medalla. Lamenté, en cierto modo, haberla perdido. Tal vez sobre mi pecho, hubiera servido para protegerme de algo, no sé de qué..., pero de algo que yo intuía muy cerca de nosotros, acechándonos malignamente.

Entonces los vi.

La tumba había sido brutalmente sacudida por el impacto del rayo. Pero nunca imaginé que lo fuese tanto. Lo cierto es que la chispa había desgajado la tierra, Y que, debajo de ésta y de la lápida destrozada, se veía, ahora algo...

—¡Dios mío...! —musité—. Mirad. Son ellos, los cadáveres de aquellos hombres...

Howard, Selena y María se acercaron, asomándose sobre las grietas profundas abiertas en la tierra. Pudieron ver lo mismo que yo, y capté el horror reflejándose en sus rostros expresivamente. Me miraron, alucinados.

—¡Cielos, Brett...! —Dijo Selena—. Es una visión espantosa...

—Lo es —asentí—. ¿Cómo pueden estar unos cuerpos humanos, después de un año sepultados en un lugar húmedo como éste?

Y contemplé lo que eran ahora aquellos cuerpos. Producían náuseas, vistos así, en aquel hoyo, enterrados todos juntos, en humildes cajas de madera barnizada de negro, que se habían agrietado y podrido con el paso del tiempo y la humedad del terreno. Por entre esas negras astillas, asomaban rostros descarnados, mitad calavera, mitad faz purulenta, bajo cabellos desmesuradamente crecidos. Cuencas vacías de las que surgía algún viscoso gusano o algún insecto negro y brillante. Mejillas y bocas sobre las que la corrupción formaba horrendas costras o purulencias repulsivas. Manos singularmente velludas... y con uñas largas, muy largas, crecidas bajo tierra, después de morir.

Siete seres convertidos en monstruos inmóviles, olvidados bajo tierra. Sin un nombre, sin una cruz, sin una sola mención a Dios.

No sé por qué, me persigné en ese momento, contemplando aquellas formas inmóviles, de aspecto aterrador.

Apenas hube terminado con la señal de la Cruz, olio horrísono estampido restalló en el aire, sobre nuestras cabezas, y un fulgor deslumbrante rasgó el cielo, desgarrando nubarrones negros como la tinta, y descargando su chispa no lejos de allí, en los cercanos arbustos y peñascos, negros como la tarde, como las piedras del camposanto y de ¡a casona vecina, sombría y lúgubre como un gigantesco panteón.

Nos miramos en silencio. Contemplé mis dedos, que acababan de trazar la señal de la Cruz ante la fosa común. Era... era como si aquel simple gesto, hubiese atraído el poder del rayo, de la tempestad, acaso de los poderes de las Tinieblas...

Una idea ridícula, casi graciosa. Lo hubiera sido, al menos, en una lluviosa tarde en Londres, reunidos en un party, alrededor de un tocadiscos. Allí, no. Nada parecía ya ridículo. Ni mucho menos, gracioso.

—¡Nancy, no! ¡Nancy, ven aquí! ¡Nancy, no te alejes! ¡No lo hagas!...

Los gritos atrajeron nuestra atención, súbitamente. Venían del exterior. De más allí de la cerca del cementerio. Y era la voz de Adam, por supuesto.

—¡Adam! —Llamé, echando a correr hacia la salida—. ¡Adam, no permitas que ella se marche! ¡No ocurre nada, es sólo una tormenta vulgar! ¡No la pierdas de vista! ¡Puede ser peligroso que nos separemos!

Salimos a la carrera del recinto fúnebre. Nancy estaba ya lejos. Adam, tras volver la cabeza para escucharme, se precipitaba en pos de ella otra vez, tratando de darle alcance. Confieso que nunca vi correr tanto a Nancy como en aquella ocasión. Parecía presa de un pánico irrefrenable.

—No la culpo por ello —murmure, moviendo tristemente la cabeza, ya con Howard y las dos chicas a mi lado—. Yo también tengo miedo... y no sé a qué. Pero ahora podría jurar que no es a nada humano... a nada de este mundo...

—Trataré de ayudar a Adam —dijo Howard—. ¿Vienes, Selena?

—Sí, os ayudaré —afirmó ella—. Nancy está como loca, pobrecilla... ¿Vienes, Brett?

—Claro —asentí—. Os seguimos inmediatamente.

Y esperé a María, tomándola de una mano para no separarme de ella. O mejor dicho, para no separarla de mí. Empezaba a tener miedo de todo. No quería perder a María. No deseaba que ella pudiese peligrar por alguna causa, sin que yo estuviese cerca para protegerla.

Pese a todo, Howard y Selena se nos adelantaron un trecho considerable, pendiente abajo, hacia el centro del pueblo pescador. Cuando nosotros nos disponíamos a seguir tras ellos, nuestras manos firmemente unidas, la voz nos interrumpió, sonando a espaldas nuestras:

—¿Todo el mundo tiene prisa hoy, señores? ¿Puedo saber adónde van?

Nos volvimos lentamente. Había frenado mi carrera. María giró la cabeza, como si sintiera una repentina y profunda inquietud.

El personaje estaba allí, tras de nosotros. Erguido en el umbral del caserón de negras piedras, vecino al cementerio. Nos contemplaba con sus profundos ojos negros, centelleantes c insondables.

Era alto, muy alto. Delgado, pálido, aristocrático Parecía un ser de otra época. Vestía una larga bata de seda negra, sobre un suéter de cuello alto, de igual color, y llevaba hundidas sus manos en los bolsillos de la bata. Observé su pantalón estrecho, igualmente de luto, y los lustrosos zapatos negros, puntiagudos y charolados.

Sonreía enigmáticamente, con aparente cordialidad no exenta de un aire mundano y señorial. Su piel era translúcida, y demacrado el rostro.

—Buscamos a alguien —dije—. Una amiga que se asustó con esos dos rayos que cayeron, últimamente en este promontorio...

—No debió asustarse —suspiró él—. Cuando hay temporal, acostumbran a caer muchas chispas en estas zonas altas. Resulta natural, después de todo. El que vive aquí, se habitúa a cosas así. No tienen nada de sobrenatural.

—¿Usted cree? —dudé, hablando con frialdad.

—Vamos, vamos, no me digan que son supersticiosos... Ustedes, dos muchachos jóvenes, de ideas modernas sin duda... —su sonrisa se amplió, sobre sus dientes regulares, muy blancos y cuidados—. Esas cosas quedan para esos viejos marineros de Cape Corner, que creen ver algo fantástico en todo lo que sucede...

—¿Incluso... en una lancha con siete náufragos muertos y uno solo con vida? —repliqué con sequedad, sin quitar los ojos de su lívido rostro.

—¡Oh, ya veo que le contaron esa historia...! —rió suavemente entre dientes, y movió la cabeza de un lado a otro, con aire resignado—. Me temo que han llegado a crear una leyenda en torno mío, aquí en Cape Corner. Porque yo, señores..., soy ese único superviviente del naufragio del Albatros.

—Lo imaginaba. ¿El señor de Blackburn?

—Eso suena demasiado ampuloso. Mi nombre es Colfax. Soy,

ciertamente, señor de Blackburn. Es un rancio título familiar. Aquí he llegado a olvidar todo eso, para ser solamente Colfax, un habitante de Cape Corner, que trata de ser buen vecino de todo el mundo... aunque el hecho de que comprase este caserón, junto al cementerio, no acabe de ser del agrado de mis convecinos. Ya le dije que los marineros son gente supersticiosa...

—De todos modos, fue una extraña aparición la suya —comenté—. Resulta lógico que esta gente se sintiera temerosa, ¿no cree? La tempestad, el mar furioso, la niebla, la noche... y la chalupa llena de cadáveres...

—Cierto —asintió, con vaga sonrisa, el extraño caballero Colfax—. Además, estaba la mala fama del Albatros...

—¿Mala fama? —le miré, interrogante, sin comprender del todo sus palabras.

—Eso dije, sí —suspiró, entornando sus ojos. Los párpados, sobre aquellas pupilas negras y ardientes, eran oscuros, sombreados como los de un enfermo o un personaje de tiempos románticos y lejanos, digno de una novela gótica —. El Albatros... Había sido un barco inquietante para los marineros de Inglaterra. Se decía que estaba embrujado.

—¿Embrujado? —reí con cierto humor, pero mis dedos apretaban con fuerza los de María, y noté que ella se sentía tan inquieta como yo, por algo inconcreto que nos afectaba a ambos por igual—. Supongo que otra superstición...

—Bueno, existía cierta razón para pensar así... Ya había naufragado una vez, aunque no llegó a hundirse, y la empresa armadora logró recuperarlo para la navegación. En esa ocasión, un triste y macabro episodio tuvo lugar a bordo: víctima de ese naufragio, en el Albatros quedaron solamente una docena de hombres con vida... Los demás, por tratar de salvarse en lanchas, fueron engullidos por el mar. Aquellos doce hombres, al quedarse sin provisiones a causa de una vía de agua que destruyó todas las reservas y las arrastró al mar, terminaron... comiéndose unos a otros.

—¡Qué horror! —gimió María, estremeciéndose.

—Horrible, sí, señorita —asintió nuestro extraño interlocutor con un gesto ambiguo—. Sólo se hallaron dos hombres con vida cuando se rescató el Albatros. Y, desde -luego, diez esqueletos bien desprovistos de carne... Un simple caso de supervivencia, pero que en boca de las gentes del mar, adquirió proporciones demoníacas o poco menos. Luego, en nuestro viaje, el último que haría el Albatros... también existió el factor diabólico, al decir de las gentes sencillas y supersticiosas.

—¿Qué factor fue éste? —el interés me prendía inexorablemente a la charla fluida y culta del llamado señor de Blackburn.

—La mercancía...

—¿Mercancía? ¿Qué clase de mercancía?

—Eso... nadie lo supo nunca —se encogió de hombros, con aire escéptico —. Tal vez otra simple fantasía de los impresionables. Pero se dijo que la bodega del Albatros ocultaba algo espantoso, celosamente oculto a los ojos de

lodos, incluso de viajeros y tripulantes de aquel viaje que había de ser el póstumo para la nave...

—¿Usted iba a bordo del buque cuando esa misteriosa carga iba en su bodega?

—Sí, claro... —abrió sus ojos, y éstos tenían una rara malignidad al fijarse en mí y en María—. Yo iba a bordo, muchachos. Puedo asegurarles que no llegué a ver lo que contenía aquella caja herméticamente ajustada, sujeta en la bodega con gruesas cadenas... Pero un día la visité... y podría jurar que unos ojos me contemplaban a través de las rendijas del embalaje, que algo viviente se movía dificultosamente dentro de aquel encierro...

—¿Un ser vivo? —dudé—. ¿Embalado como un animal? Quizá fuese eso: un gorila, una fiera peligrosa, con destino a algún zoo o algún circo...

—Quizá —Colfax se encogió de hombros, indiferente. Pero la leyenda sobrevivió durante todo el viaje. El hecho de que un hombre como el profesor Darko lo llevase bajo su custodia y control directo, hacía aumentar las murmuraciones, claro está...

—¿El profesor Darko? —repelí. Traté de hacer un esfuerzo de memoria—. Ya recuerdo. ¿No se trataba de... del célebre científico, especializado en investigaciones parapsicológicas y búsqueda de nuevas formas de vida, en nuestro mundo o en otros mundos?

—El mismo —asintió, admirado—. Perfecto, amigo mío... Es usted un joven muy inteligente. Y de excelente memoria, señor... ¿olvidé acaso su nombre?

—No lo dije. Es Brett. Brett York, Ella... es mi prometida, María Doyle... —y me pregunté si su aparente aire distraído y superficial sería legítimo o estudiado.

—Le felicito, señor York —insistió—. Se trataba, en efecto, del profesor Darko, una eminencia en la búsqueda de cualquier nueva forma de vida, material o... inmaterial. De ahí que las supersticiones y murmuraciones aumentasen a medida que avanzaba el viaje. Lo cierto es que nunca tendremos una respuesta a todo ello.

—¿Por qué?

—Es obvio, señor York... El Albatros se hundió en el mar para siempre. Y con él, el profesor Darko... y el ser que pudiera estar encerrado en aquel embalaje misterioso. Pero, evidentemente, nada de ello trajo fortuna a la tripulación, al pasaje, ni al buque. ¿Comprende ahora por qué prefiero vivir aquí, sin volver a navegar nunca más?

—Sí, comprendo. Sus... sus compañeros en la barca salvavidas... ¿murieron mientras intentaban alcanzar tierra firme?

—Desde luego —afirmó despacio—. Así fue. Una prueba terrible para mí. Pero logré traer sus cadáveres a tierra firme y darles, al menos, sepultura cristiana.

—¿Cristiana? —Objeté, con cierta ironía—. No del todo, señor Colfax... No hay cruces ni menciones sagradas en esa tumba...

—¿Es posible? No me ocupé personalmente de su funeral, ni he visitado su tumba en todo este año, pese a la vecindad del cementerio, señor York —suspiró—. Tendré que ver eso personalmente. Alguien, tal vez, en Cape Corner, hizo las cosas a su gusto...

—Sí, es posible —admití. Luego, traté de cortar la conversación definitivamente—. Bien, señor Colfax, le dejamos ya. Tenemos que reunimos con nuestros amigos y...

—No debe preocuparse por ellos —dijo el señor de Blackburn, amablemente—. Vea: el propio alguacil O'Hara viene por allá. Es un irlandés obstinado y terco, pero resulta muy eficiente como representante de la ley. No permitiría que sucediese nada anormal a nadie, esté seguro.

Colfax tenía razón. O'Hara subía la pendiente. No venía solo. Le acompañaba Ian Clemens, el hombre a quien viéramos la noche antes, decapitado sobre un charco de sangre. El gesto del irlandés no me gustó. Parecía revelar disgusto y enfado por algo.

Cuando estuvo más cerca, ese temor se confirmó. Encarándose conmigo, me espetó, con gesto de muy pocos amigos:

—Escuche, amigo, empiezo a estar harto de todos ustedes. Son una pandilla irritante y molesta, que está revolucionando excesivamente este tranquilo lugar. Acabo de ver a sus amigos, que andan buscando a una de las chicas, removiendo todo y acusando a mis con-ciudadanos de haberla ocultado, raptado, o algo por el estilo...

—¿Nancy? —me alarmé—. ¿Es que no la encuentran?

—No, no la encuentran. Ni van a encontrarla, por el momento —cortó, agresivo—. He tenido que arrestarles a todos y meterles en una celda, momentáneamente. Ahora, usted va a acompañarme también con su chica. No estaré tranquilo hasta no verles a todos metidos donde no molesten a la gente con sus excentricidades y escándalos, ¿entendieron?

—No pude arrestarnos, alguacil —protesté—. ¿De qué piensa acusarnos?

—No necesito acusarles de nada, momentáneamente —replicó, desabrido, desafiándome con la mirada—. De momento, les meteré allí, y en paz. No quiero verles deambular por ahí. Y me ocuparé personalmente de hallar a su amiguita Nancy, para unirla al grupo, y que así descansen todos tranquilos, ¡maldita horda salvaje...!

—Un momento, O'Hara —terció suavemente el señor de Blackburn—. ¿Puede dejar en suspenso esa orden de arresto, si yo me permito invitar a estos dos jóvenes amigos a gozar de mi hospitalidad por un rato, mientras charlamos de cosas de mutuo interés?

—Bueno... —vaciló el irlandés—. Si usted responde personalmente por ellos, señor Colfax...

—En efecto, respondo por ellos —asintió gravemente, sus extraños, fulgurantes ojos hipnóticos fijos en el alguacil de Cape Corner—. Por favor, puede retirarse. Ellos se quedarán aquí conmigo. Luego, iremos juntos para sacar de la celda a esos jóvenes y hacer que se comporten más

adecuadamente... Y seguro que encontraremos a Nancy, la chica que no logran ellos localizar. Todo lo resolveremos, seguro... Por favor, señor York, ¿me hacen el honor de compartir una copa conmigo? Quizá el tema de conversación que enfoquemos, sea de su interés. Versará sobre este pueblo y ciertas peculiaridades suyas...

—Sí, creo que será interesante —admití, sobre todo a la vista de la inmediata perspectiva que el estúpido de O'Hara nos ofrecía, con una celda en el viejo y sórdido edificio del juzgado local, aunque no podía dejar de sentirme inquieto ante la presencia de aquel extraño personaje, el caballero Colfax, señor de Blackburn, superviviente único y misterioso de un más misterioso viaje en el Albatros, barco maldito en cuya bodega se ahogó, junto con todo lo demás, un enigma quizá estremecedor.

—Muy bien —O'Hara me miró con disgusto—. Dé gracias al señor Colfax, amigo. Pero si más tarde trata de crear problemas, irá con sus amigos a esa celda. En cambio, si luego viene con usted el señor Colfax y responde por todos, creo que podré arreglar el asunto amistosamente... con la condición de que no me provoquen más problemas.

Era una esperanza a la que asirse. Por ella, y por lo que el singular personaje podía referirme sobre Cape Corner, igual que me había hablado del Albatros y sus misterios, acepté la invitación del caballero, oprimiendo con fuerza la mano de María, al advertir que no era muy del gusto de ella tal ofrecimiento.

O'Hara hizo un gesto de despedida, y se alejó de nosotros, pendiente abajo, junto al silencioso Clemens, que se había limitado a mirarnos con fijeza, sonriendo con cierto aire sardónico.

Cuando estuvieron más lejos, y ya nos disponíamos a seguir al obsequioso señor de Blackburn, observé la palidez acentuadísima del rostro de María, y su modo de mirar, temeroso y angustiado, hacia la pareja de hombres en marcha.

—¿Qué pasa? —susurré—. ¿Ocurre algo, María? ¿Has visto fantasmas, acaso?

—No —jadeó ella roncamente—. He visto... he visto que el cuello alto del jersey de ese hombre, Clemens, se había bajado un poco y... y... tenía en su cuello la señal horrible, sangrante.., de... del corte del hacha que le decapitó anoche..,

CAPITULO VIII

El caballero Colfax alzó las copas de dorado champaña espumoso. Chocamos unas con otras, en un brindis amistoso, a la luz de la tarde que, pese a estar en sus inicios, más parecía rozar ya el anochecer, dada la sombría masa de negros nubarrones que velaban la claridad diurna sobre el hosco paraje.

—Por todos nosotros, mis jóvenes amigos —dijo, suavemente, el señor de Blackburn, al hacer el brindis.

Luego, bebimos, sin que ni María ni yo respondiéramos con palabras a ese brindis. Depositamos las copas vacías sobre la mesa larga, de caoba lustrosa. Toda la casa, al parecer, tenía muebles así, ricos y pesados, cortinajes espesos, grandes vidrieras emplomadas, y un aire de viejo castillo románico, sobrio y desnudo desde sus altos techos hasta sus muros fríos y grises.

—Veo que están preocupados, temerosos incluso... —dijo de pronto, mirándonos risueñamente.

—Hay motivos para ello, ¿no cree? —comenté, algo seco.

—¿Se refiere a eso que ha relatado la señorita Doyle? —Él hizo un gesto con sus hombros, como de indiferencia—. Es posible que sufriese una alucinación. O que, realmente, ese hombre haya sido decapitado antes... y ahora ni siquiera tenga conocimiento de ello.

Lo dijo con tal sencillez que provocó mi horror, mi escalofrío. Le miré, atónito.

—¿Cómo puede decir usted eso? —murmuré—. ¿Cree, acaso, que los muertos resucitan?

—Sí —asintió—. Lo creo. Por tanto, les creo a ustedes. He oído su relato de lo sucedido anoche. He oído a su prometida hablar de... de la cicatriz que ese hombre tenía en el cuello... No me sorprende nada de ello, señor York.

—¿Por qué? —le miré, estupefacto.

—Porque sé que algo está sucediendo en Cape Corner. Algo siniestro y terrible, que nadie puede detener ya.

—Lo sabe... —gemí—. Usted lo sabe, señor Colfax... De modo que no era imaginación, no hubo error ni fantasía en nuestra historia...

—No, no lo hubo. Por un extraño azar, les tocó vivir la gran noche de la Muerte y de la Vida, señor York.

—¿La... qué? —balbuceé, mientras María se apretaba más a mí, asustada.

—Muerte que es Vida. Vida que es Muerte... —sus ojos brillaban extrañamente—. ¿No lo entiende, señor York?

—No, no puedo entenderlo. Usted, señor Colfax... Usted sabe lo que sucede, porque lo que fuese, el horror que ha caído sobre este lugar, sea lo que sea... llegó con usted. Llegó... del Albatros, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca —soltó una suave carcajada. Nos contempló, irónico y casi conmiserativa—. Señor York, no se puede luchar contra aquello que no

se conoce, contra poderes que están más allá de nuestro entendimiento, ¿no se da cuenta?

—Empiezo a darme cuenta... —sentí un sudor frío, y una rara pesadez en mis sienes—. Esos poderes... llegaron aquí con una lancha salvavidas, con un hombre vivo y siete cadáveres, ¿no es cierto?

—Completamente cierto —asintió, sonriente—. Siga, se lo ruego. ¿Qué más dedujo?

—Que el enigma del Albatros... fuese lo que fuese aquello que el profesor Darko llevaba en la bodega, encerrado cuidadosamente... se liberó. Y ahora... está aquí.

—Admirable —ponderó, con expresión de complacencia—. Sí, señor York, usted tiene imaginación, inteligencia, buen criterio... Sí, es cierto. Se liberó. Escapó de aquel barco donde todos, absolutamente todos los demás, se fueron al fondo del mar... Y solo, con siete marineros desesperados, intentó alcanzar la tierra firme, salvarse de una muerte definitiva en el fondo de las aguas... Usted lo acertó, amigo mío.

—De modo que esa OTRA FORMA DE VIDA que halló el profesor Darko... ES USTED —acusé, horrorizado, mirándole con fijeza.

El soltó una risita. Y afirmó, irguiéndose muy despacio

—Sí, Soy yo. Yo, señor York. Usted... usted no sabe lo que hay realmente tras esta apariencia. No sabe la clase de materia y de inteligencia que soy yo, en realidad... Ni lo sabrá nunca. Nunca... Porque esta envoltura mía... es falsa. Absolutamente falsa. El horror les paralizaría si llegasen a saber COMO soy, realmente...

Intenté tomar las manos de María, salir de aquella casa de estampía, huyendo de un poder más allá de lo natural, de una fuerza oculta y tenebrosa que desconocía, pero que podía intuir.

Lo cierto es que pude aferrar las manos de María. Pude sujetarla con fuerza, intentar arrastrarla conmigo...

Pero eso fue todo. Me sentí vencido repentinamente. Mi mente, mi vista, se nublaron. Vi oscilar también a María, a punto de desplomarse. Y antes de que pudiera evitarlo, me derrumbé con ella. El suelo alfombrado del lúgubre edificio, vino a mi encuentro.

Lo último que me fue dado ver, antes de que las tinieblas me envolvieran, como envolvían en este momento a María, fue el rostro lívido del señor de Blackburn, su sonrisa sardónica de superioridad. La máscara humana, en suma, de algo o alguien llegado de otro mundo.

Tal vez un demonio, un ser infernal. O tal vez una forma de vida llegada del Más Allá, del reino helado de la Muerte...

Me incorporé, vacilante. Miré en torno, sin entender primero.

Ni recordaba lo que había sucedido, ni por qué estaba ahora allí. Pero fui reconociendo, a la claridad lívida y borrosa del atardecer, el paraje tétrico que me rodeaba.

Lápidas, hierbajos, arbustos, piedras grises o negruzcas...

¡El cementerio!

Me erguí, angustiado. Miró a mi alrededor mientras, tambaleante, me sujetaba a un árbol sarmentoso, para sostener el equilibrio.

—María... —susurre—. ¡María!...

Miré por doquier, en busca de ella. Un escalofrío de terror me sacudió. María... ¡No estaba allí! Estaba yo solo. Entre los muertos...

Las ideas me vinieron, bruscamente, al cerebro. Como un mazazo brutal. Lo recordé todo, sacudido por la angustia y el pánico.

El caballero Colfax, el señor de Blackburn... El hombre que NO ERA un ser humano, sino una simple apariencia humana, para pasar desapercibido entre loa humanos. Una Cosa procedente de la bodega de un navío sumergido, una forma de vida desconocida, hallada por un científico experto en otras formas de existencia inteligente, en parapsicología, en demonología... ¿Demonio, monstruo, extraterrestre; ser de las Tinieblas...?

No lo sabía. Pero algo de eso, o quizá peor. Y ahora tenía a María consigo. Quizá a todos los demás...

Miré al celaje turbio, sobre mi cabeza. Me estremecí. ¡Anochecería en menos de una hora...!

Lo inútil. Recordé frases sueltas... La Muerte que es Vida... La Vida que es Muerte... Sacudido por una sensación vivida de entendimiento, corrí a la tumba de los siete marinos del Albatros. Miré a su interior, a los cadáveres purulentos, a los gusanos y los insectos repugnantes que emergían de sus cuencas vacías, de sus bocas descarnadas...

Muertos... Muertos que VIVIRIAN por la noche... Mientras otros, los seres vivos... morirían, acaso para prestar sus almas a aquellos cuerpos putrefactos y hediondos... Eran como siervos, tal vez. Saldrían de sus tumbas. Irían a por los seres humanos. Aquel susurro dantesco, aquel estertor, aquel jadeo alucinante... ¡Ellos! Los auténticos Muertos-Vivos. Lo habíamos mencionado una vez, por simple azar: vampirismo... No. Más exacto aún: ANTI-VAMPIRISMO...

Por las noches, ellos vivían para que otros muriesen. Habíamos coincidido con la primera noche de su terrible actividad. Al año justo se iniciaba el ciclo, evidentemente. Era... era como un período de gestación. Un espantoso período de gestación de un azote maléfico y horripilante.

Desesperado, eché a correr. Salí del cementerio, dando tropezones, corrí sendero abajo, hacia el pueblo. Miré atrás, sin detenerme, a la casa sombría del caballero Colfax. No valía la pena entrar; buscar a María en ella. Sabía que estaría en poder del monstruo. ¿Para morir esa noche? Sin duda alguna. La muerte nos esperaba a todos, apenas oscureciese y los muertos abandonaran sus tumbas para vivir mientras otros morían...

Lo que la noche antes fue solamente un ensayo, acaso una muerte parcial, temporal solamente, esta noche sería definitiva. La muerte para todos nosotros. Y ellos... ¿qué harían ellos, después?

Mientras corría hacia el pueblo, mi mente trabajaba a toda presión.

Recordé el poder hipnótico de los ojos de Colfax, Hipnosis, eso era. Sugestión. Habíamos creído ver nuestra embarcación destrozada, los barcos pesqueros averiados. Lo que él quiso que viéramos, para que no escapásemos de la isla. No había escapatoria posible, ahora. La noche sería oscura, la mar tempestuosa...

Y estaba cayendo la noche. Cayendo inexorable...

Alcancé las primeras casas del pueblo. Me detuve, jadeante, sudoroso, ante las puertas iluminadas del Círculo de Pescadores.

¿Qué adelantaría con entrar allí y gritarles la verdad, pedir auxilio contra un poder de las tinieblas, contra un monstruo capaz de manipular a los muertos para exterminar a los demás, para, quizá, crear implacablemente, poco a poco, una auténtica legión de gentes, de pueblos, de lugares poblados por muertos vivientes?

Cada nueva idea que llegaba a mi cerebro, era como un doloroso alfilerazo de convicción fría y demoledora. Estábamos todos en peligro. Todos. Allí, en Cape Corner. Y en otros muchos lugares. Se extenderían como una plaga. No sabía lo que eran, cierto. Tal vez, seres de otro planeta, de otra materia, de más allá de la vida y de la muerte...

Fueran lo que fuesen, su origen estaba claro: el profesor Darko halló a un espécimen monstruoso. Lo encerró cuidadosamente. Algo o alguien liberaron a ese monstruo. Y su poder se desencadenó.

El viejo pescador, Gordon Jerks, tuvo razón. Llegaron con la niebla, como surgidos del mismo infierno... Vampiros de una especie desconocida. Vampiros capaces de reposar de día y surgir de noche, sí, gomo los demás. Pero regidos por un ser —Colfax, o lo que quiera que fuese aquello que se nos presentó como un ser humano—, un ser que PODIA VIVIR noche y día, pese a que su naturaleza era la del vampiro, pero quizá un vampirismo extraño, remoto, procedente de algún lejano confín insondable, en otros mundos... o en este nuestro, que tantas cosas desconocidas oculta aún al entendimiento del hombre.

Retrocedí, paso a paso. Caminé sin rumbo eludiendo a la gente de Cape Corner. No, no podía hablar, no podía decir nada a nadie... por la sencilla razón de que ellos no tenían fe en mí, ellos no recordaban su colapso colectivo de la noche antes. No sabían lo que les esperaba, esta segunda noche, de la maniobra aterradora dirigida por el monstruo infrahumano.

Y, de repente, comprendí que no debía preocuparme ya de nadie, ni siquiera de María o de mis amigos.

De nadie. Tenía que defenderme yo, salvar mi vida, Huir de ellos...

Colfax me había dejado en el cementerio, para que fuese el primero en caer bajo el extraño, alucinante virus inoculado por el monstruo a sus futuros servidores. Por fortuna, acostumbro a recuperarme pronto a los electos de los narcóticos. Eso, no podía saberlo Colfax. Ignora que he trabajado como químico, que he probado a veces diferentes tipos de somníferos, .sin que me hicieran gran efecto... Mi naturaleza estaba habituada a eso.

De otro modo... ahora, cuando cayera la noche... sería yo OTRO vampiro al servicio futuro de Colfax... Si es que pueden ser llamados realmente vampiros... o anti-vampiros.

Entonces me encerré en aquel lugar- apartado, sombrío, en la bajada hacia la playa.

Mientras la noche avanzaba, inexorable, y la oscuridad se extendía sobre Cape Corner, y el mar rugía más tétricamente que nunca, tomé algunos objetos que podían servirme de armas, de un lugar destinado a depositar los pescadores sus utensilios.

Y con aquella escasa defensa, me introduje en un viejo edificio derruido, deshabitado, esperando allí el final.

Mi final, tal vez.

El que, forzosamente, tiene que venir. Ahora, justamente ahora, cuando caiga ya definitivamente esta diabólica noche...

EPILOGO

Sí. Es ya el final. Ha llegado el momento.

Contempló lo que está sucediendo. El horror me invade. Pero espero aún, me mantengo aquí, mirando fijamente adelante. Esperando el final inevitable...

—Es inútil, York —dice la voz fría de Colfax—. Todo es inútil. Se ha terminado...

Y viene hacia mí. Lentamente, sonriendo implacable. Le rodean sus muertos. Los siete putrefactos cadáveres, andando, moviéndose hacia mí como antes de una pesadilla enloquecedora... Y los demás. Incluso mis amigos, María, Selena, Howard, Adam... Y la gente del pueblo, con O'Hara, con Clemens, con todos... A Clemens le bailotea la cabeza, separada casi de su tronco...

Pero acabo de descubrir lo más terrible.

Veo a Nancy. A Nancy.

—¡Dios mío...! —susurro, anonadado—. Nancy, tú... tú NO estás como los demás... No estás realmente... muerta...

Nancy, nuestra compañera Nancy, camina junto a Colfax, triunfante. Sonríe, Niega.

—No —dice ella—. No, Brett. Yo no necesito morir para servir a mi amo... ¿No lo entiendes? Yo os traje aquí... Yo viajé en el Albatros... No me conocíais más que desde hace un año. Pero ninguno pensó en ello... Yo.,, yo soy la compañera de él, del ser que va a lograr extender el poder de la Muerte Nueva por el mundo. Seremos legiones... Todos nos extenderemos por la

Tierra... Déjate vencer, Brett... Entrégate. No lograrás nada resistiendo...

Callé. Ahora entendía. La gota de tinta en un mapa, la aparente fuga de Nancy, su terror a las cruces del camposanto, al que no quiso entrar... Nancy... Y las cruces. Como en las viejas historias de vampiros. Después de todo, ellos, vinieran de donde vinieran, eran UNA CLASE de vampiros...

—No intentes nada —sonrió Colfax, al verme que le amenazaba con un arpón de los marineros, que sujetaba con fuerza en mi diestra—. Si me lanzas esa arma, no lograrás cosa alguna, York... Ríndete...

Pero no. No me rendía. No me rendiría ni siquiera ahora.

Disparé de repente el poderoso, afiladísimo arpón.

No era un vulgar arpón. Le había atado y sujetado firmemente una barra cruzada de hierro. Tenía forma DE CRUZ.

Y no lo disparé hacia Colfax. Algo, quizá un supremo destello de inteligencia, me hizo ver la verdad.

Lo lancé SOBRE NANCY.

La alcancé de lleno. Le atravesó, por completo, el corazón, Exhaló un alarido repentino, de furia y de odio. Se agitó, convulsa; de su cuerpo brotó una especie de humo amarillento, apestoso... Su figura pareció

descomponerse, cubrirse de pus, de costras, de hediondez...

Y a su lado, el asombro de Colfax se borró, junto con su rostro, con su figura toda...

Se quedó ella sola, Nancy, nuestra amiga... Lo que era ahora nuestra supuesta amiga.

Sólo... sólo basura repugnante, detritus hediondos, un vaho infernal...

Y al caer, al arrugarse, repugnante, en el suelo, con la cruz del arpón clavada en su torso... todos los demás volvieron lentamente a la vida. Todos, despertando como de un letargo maldito, mirándome con asombro, con incredulidad...

De Colfax, señor de Blackburn, ni rastro. No existía. Parecía no haber existido nunca.

Y ésa era la realidad.

Colfax NUNCA EXISTIO.

Fue ELLA, Nancy, quien salió de aquella caja maldita, en la bodega del Albatros. Ella, la que creó un ser que no existía, Colfax, con sus poderes sobrenaturales y tenebrosos, una contrafigura para que nadie pensara en ella jamás como... como El Monstruo que Llegó de lo Desconocido.

Y que ahora, humeante, putrefacta, hedionda, a lo Desconocido volvía. Definitiva, totalmente...

—¡Dios sea loado! —Susurré, lanzándome fuera de mi parapeto, hacia María, a la que apreté contra mí con vigor, con toda mi energía desatada—. ¡Dios sea loado, María, lo conseguí! Hemos salvado al mundo... de una invasión de cadáveres, de monstruos de una nueva raza de vampiros que supera todo lo que jamás existió en la fantasía...

María no dijo nada. Sollozaba, abrazada a mí.

Era suficiente. Era todo lo que quería. A veces, el llanto de una mujer es lo más hermoso del mundo.

Porque puede ser de alegría. Y porque es, después de todo, humano.

Humano. Nada más, nada menos que eso...

FIN